LOIS LOWRY

EL REGRESO DE LOS WILLOUGHBY

LOIS LOWRY

EL REGRESO DE LOS WILLOUGHBY

Traducción de Jaime Valero

ANAYA

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
Créditos

1

Portada del *New York Times*, un jueves del mes de junio:

EL CONGRESO VOTA POR MAYORÍA PROHIBIR LOS DULCES, EN PRO DE LA SALUD DENTAL

Ese mismo día, en una página interior de un periódico de Zúrich:

MATRIMONIO ESTADOUNIDENSE, CONGELADO EN LAS MONTAÑAS SUIZAS DURANTE 30 AÑOS, SE DESCONGELA ESPONTÁNEAMENTE. LOS DOS APARECEN SANOS Y SALVOS

Estos dos sucesos, según se comprobó después, estaban relacionados. Aunque es un poco lioso[1].

---

[1] Así que presta atención. Al principio te aturullarás un poco, pero vale la pena aguantar hasta el final. Tranquilo, luego no tendrás que hacer un comentario de texto.

2

En lo alto de una montaña suiza (era una cumbre de los Alpes, aunque una de segunda categoría, de escasa fama; no era el monte Cervino, ni esos otros que salen en las postales), una figura extraña y escarchada comenzó a moverse, provocando que se desprendiera una capa centelleante de nieve.

Habían pasado varios días muy soleados y calurosos. Semanas, de hecho. Incluso meses. Por todo el planeta, encogieron glaciares y se derritieron icebergs. Y en aquella cumbre insignificante, que llevaba eones cubierta de nieve, de repente comenzaron a aparecer rocas, lustrosas a causa del agua dejada por el deshielo. Surgieron brotes verdes por doquier y alguna que otra flor.

Y, ahora, un bulto móvil.

De pronto, junto a esa primera figura que se movía de un modo extraño, apareció otro bulto voluminoso y cubierto de nieve. Aunque parezca mentira, de uno de esos montículos ambulantes emergió una mano. Retiró una porción de nieve, dejando un brazo entero al descubierto. Después apareció un segundo brazo.

El primer montículo se incorporó y, con esos brazos humedecidos por el deshielo, comenzó a sacudirse la nieve y a secarse el agua de la cara. Era un rostro recién descongelado, masculino, con el ceño fruncido. Miró a su alrededor, advirtió la presencia del segundo montículo y alargó una mano para darle un golpecito. Después le dio otro y otro más. Finalmente, el segundo bulto se incorporó, también con el ceño fruncido. Aquel bulto parecía femenino (aunque es difícil de decir, tratándose de un montículo).

—Seguro que tengo el pelo hecho un desastre —refunfuñó el segundo bulto.

Pero el primer bulto no le hizo caso. Estaba flexionando sus agarrotados dedos, los sacudió para desprender unas partículas de hielo. Finalmente, alargó la mano hacia su cadera derecha y se sacó del bolsillo una cartera chorreante.

—¡Lo sabía! —gruñó, mientras la abría—. ¡A la porra mi dinero! Está empapado. Se ha desintegrado casi por completo. Y se ha convertido en un fajo pastoso.

—¿Nuestros dólares?

—No, son esos ridículos francos suizos[2] que nos obligaron a cambiar. No les llegan ni a la suela de los zapatos. Los dólares americanos no se deteriorarían tanto.

—¿Crees que al menos podremos usarlos para comprar comida? Tengo hambre.

—Pues claro que los aceptarán. Anda que no les gusta el dinero a estos suizos.

La mujer (porque eran una pareja: hombre y mujer) refunfuñó, se levantó a duras penas y luego se arrodilló.

—¿Dónde está mi bolso? No lo veo por ningún lado.

Puesta a cuatro patas, se puso a rebuscar entre la nieve derretida.

—¡Aquí! —exclamó—. ¡Ya lo tengo! Ugh... ¡Está empapado!

—No te preocupes por eso. ¡Y levántate! Pareces una cucaracha, arrastrándote de esa manera. Venga, bajemos al pueblo a tomar un tentempié rápido. Aunque tampoco es que vayamos a encontrar nada decente que comer en ese pueblucho de mala muerte. Después nos iremos en el primer tren que salga.

El hombre se irguió con cierta dificultad y volvió a guardarse la billetera mojada en el bolsillo.

El matrimonio, refunfuñando y protestando, consiguió descender lentamente y a trompicones por un lateral de aquella cumbre en pleno deshielo, pasando junto a unos prados salpicados de vacas, en dirección al diminuto pueblo que se extendía a los pies de la montaña. La calle principal estaba flanqueada de casas pintadas con colores radiantes y de jardineras repletas de geranios y petunias. Encontraron mesa en una pequeña cafetería, donde comieron con avidez un estofado de ternera y engulleron tres copas cada uno de un vino bastante decente. Pero se llevaron un chasco cuando les trajeron la cuenta.

—Lo siento mucho —dijo el camarero, mientras contemplaba con aprensión el amasijo pastoso de francos suizos que le ofrecía aquel cliente—. No podemos *aseptarr dinerro mokjado*. Pero...

—*¿Mokjado?* Santo cielo, ¿es que no sabe pronunciar la palabra «mojado»?

—Mis disculpas, señor. Me *esforzarré* más. *Dinerro* húmedo podría *faler*, quizá. Pero *mokjado* no sirve.

—Dale una tarjeta de crédito, querido —sugirió la mujer.

Con un sonoro suspiro, el hombre extrajo una tarjeta platino de su cartera chorreante.

—Lo siento, señor... —El camarero examinó la tarjeta detenidamente—. Ah, señor *Villoughby*. Es que esta tarjeta *expirró* hace muchos años.

—¡Se pronuncia WILLOUGHBY, so cateto! ¿Por qué los suizos no pueden pronunciar la «W» como la gente normal?

—Lo lamento mucho, señor. Ojalá *pudierra* —repuso el camarero, con un gesto de fastidio que indicaba que le daba igual pronunciarla bien o no.

Entonces apareció el *maître*, sonriendo educadamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó, y se fijó mejor en la irritable pareja—. Anda, ya veo que se han descongelado. Aún siguen empapados.

—¿Descongelado? —bramó el señor Willoughby—. ¿De qué está...?

—Se quedaron congelados —explicó el *maître*, que consultó la fecha de la tarjeta de crédito—. Y ahora el hielo se ha derretido. Les ha ocurrido lo mismo a varios alpinistas.

—Y a muchas cabras —añadió el camarero—. Es por el calentamiento.

—¿Cuál?

—El calentamiento global, señor.

La señora Willoughby suspiró.

—Tú nunca te lo creíste, Henry. Y, ahora, mira. —Se dio una palmadita en la cabeza—. Mi peinado no podría estar más anticuado. Llévame a casa de una vez.

—Tráiganme un teléfono —ordenó el señor Willoughby.

—Por supuesto —dijo el *maître*. Le hizo un gesto al camarero, que salió pitando a buscar uno—. Querrá llamar a su familia.

—¿Mi familia? —preguntó Henry Willoughby, con un respingo.

Su esposa soltó un bufido.

—Ay, porras, tenemos esos hijos insufribles. ¿Recuerdas su número de teléfono, Henry? ¿Sabemos siquiera dónde viven?

Su esposo se encogió de hombros.

—Lo olvidé. Pero no te preocupes por ellos. Contratamos a una niñera, ¿recuerdas?

—Ah, sí. La niñera.

—En cualquier caso, ellos son lo de menos —murmuró su marido —. Voy a llamar a mi banco.

El *maître* sonrió educadamente.

—Hace bien —dijo—. Nos deben ciento doce francos suizos por la cena. Espero que les gustara el estofado. ¿Quieren que les sirva más vino?

---

[2] Casi todos los países europeos comenzaron a utilizar euros en 2002. Pero en Suiza, no. Ellos siguen prefiriendo sus francos.

3

Lamento decir que la niñera falleció unos años antes. Quedó inmortalizada en un retrato al óleo que estaba colgado en...

Huy, espera. Primero hace falta un poco de contexto, para ponernos al día.

Muchos años antes —treinta, para ser exactos—, los señores Willoughby se embarcaron en unas prolongadas vacaciones[3], dejando atrás a sus cuatro hijos. Los niños no les caían demasiado bien (y, para ser sinceros, el sentimiento era mutuo), así que la separación no supuso ningún trauma para ellos. Sin embargo, habría sido un delito dejarlos completamente solos (el mayor, Tim, apenas tenía doce años). Así que, para evitar embrollos legales, la señora Willoughby puso un anuncio para buscar niñera y contrató a una mujer con cara de no tolerar tontunas, que se presentó en la puerta en su primer día de trabajo con un mandil doblado y almidonado en el bolso.

Más tarde, al ver que sus padres no regresaban (porque cometieron la imprudencia de irse a hacer montañismo en pantalones cortos y sandalias), después de que el Gobierno suizo anunciara que el matrimonio se había quedado congelado en lo alto de un pico, en un saliente helado desde donde era imposible rescatarlos (aunque por unas pocas monedas se les podía ver con un telescopio desde varias ubicaciones turísticas), y cuando la casa en la que vivían se vendió, los niños y la niñera tuvieron que replantearse su situación. Por suerte, la niñera era muy resolutiva. Consiguió trabajo en una vivienda cercana (una mansión, más bien), donde vivía el presidente y fundador de Confiterías Confederadas S. A., que había amasado una fortuna elaborando dulces. Los cuatro niños, e incluso el gato, se mudaron junto con la niñera.

¿Y sabéis qué? ¡El multimillonario comandante Melanoff se enamoró de ella! ¡Y no es de extrañar! Esa mujer que no toleraba tontunas era una cocinera maravillosa, un ama de casa excelente y una cuidadora abnegada, no solo con los niños, sino también con el propio comandante. Le recortaba el bigote y espolvoreaba canela sobre sus gachas. Él era un solterón muy rico y solitario. Pasado un tiempo, se casaron y vivieron felices para siempre.

Hasta que...

Ay, cielos. Al cabo de muchos años, la niñera falleció. Quedó plasmada en un retrato al óleo que estaba colgado en una pared destacada de la mansión. El comandante Melanoff le encargó el retrato a un pintor famoso y le dejó dicho que representara a la niñera tal y como él la recordaba con tanto cariño: con su cara de no tolerar tontunas y con las manos enfundadas en unas manoplas de horno. También mandó instalar una iluminación especial que realzaba el cuadro.

El comandante Melanoff, que ya era anciano, vivía en unos lujosos aposentos en la tercera planta de la mansión. Dedicaba el tiempo a leer libros de historia y a escribir poesía[4]. Todos sus poemas estaban dedicados a la niñera. Cada vez que bajaba al primer piso, se plantaba delante del retrato, lo contemplaba y recitaba las odas en su memoria. A veces, Richie, su nieto de once años, se tapaba los oídos y suplicaba: «¡Ese no, abuelo!», cuando el comandante comenzaba a entonar con solemnidad: «Había una vez una mujer llamada niñera...».

—¡Ese poema es muy guarrete, abuelo! —exclamó Richie, porque sabía que el siguiente verso, que se refería al trasero de la niñera, comenzaba diciendo: «Que tenía un incomparable...».

—No es guarrete cuando es cierto —repuso el comandante, que siguió recitando. Pero Richie se puso a canturrear «la, la, la» a todo volumen y se fue corriendo por el pasillo para no escuchar el resto del poema.

Huy, espera. Antes tenemos que explicar lo de Richie. Los hermanos Willoughby se hicieron mayores, claro está. Fueron a la universidad, encontraron trabajo y se mudaron para seguir adelante con sus vidas. Todos menos Tim, el hermano mayor. Él siempre había sido un chico listo. A sus cuarenta y dos años, y con la bendición del comandante Melanoff, tomó el mando de la confitería, que continuó su rentable senda hacia el éxito. Tim vivía en la mansión con su esposa y su hijo pequeño. Así pues, Richie era el hijo de Tim Willoughby.

---

[3] Contrataron los servicios de la Agencia de Viajes Reprobables. La empresa cerró hace años debido a las malas críticas constantes en Yelp.

[4] Hasta la fecha había compuesto siete sonetos, veintidós haikus y una villanella de diecinueve versos. Su favorita, no obstante, era una quintilla jocosa un pelín picantona.

4

—¿Qué ocurre? —preguntó Richie, cuando entró en el inmenso comedor donde estaban desayunando sus padres—. Se oye gimotear al abuelo desde el tercer piso.

Entonces miró a su padre, que estrujó un ejemplar del *New York Times*, lo arrojó al suelo y se puso a aporrear la mesa de caoba. Al hacerlo, volcó la taza de café que estaba en el borde del salvamanteles, produciendo un charco oscuro y creciente de café.

En el otro extremo de la mesa, la madre de Richie hizo sonar la campanita de plata para llamar a la criada, que apareció enseguida a través de una puertecita lateral.

—Limpie eso, haga el favor, antes de que estropee la alfombra —le pidió Ruth Willoughby, señalando hacia el café derramado con un ademán de cabeza.

—¿Y el periódico, señora? ¿Quiere que lo alise? —preguntó la sirvienta, señalando hacia el ejemplar arrugado del *New York Times* que estaba tirado en el suelo.

—No, deshágase de él —murmuró la madre de Richie.

La criada limpió el charco de café; después, recogió el periódico arrugado y lo llevó a la cocina para tirarlo al cubo de reciclaje. (La familia Willoughby, al igual que el comandante Melanoff, tenía mucha conciencia medioambiental).

Tim Willoughby estaba suscrito al *New York Times* y al *Wall Street Journal*. Sin embargo, no tenía ningún motivo para leer periódicos europeos, como aquel de Suiza que describió recientemente, en un breve artículo, la asombrosa reaparición de un matrimonio descongelado en los Alpes.

Es una lástima. Ese artículo le habría resultado muy interesante, porque esos estadounidenses recién descongelados eran sus padres biológicos.

Sin embargo, Tim solo tenía ojos para el titular de portada de una noticia relacionada con el congreso de EE.UU. ¡La prohibición de los dulces! ¿Cómo habían podido llegar tan lejos? Bueno, ¡él conocía de sobra el motivo! ¡Habían sido los dentistas! ¡La Asociación Dental Estadounidense! Llevaban meses haciendo campaña en contra de los dulces. Sacaban anuncios en la tele donde aparecían unos niños con la

boca abierta, mostrando unos dientes podridos y amarillentos, mientras un dentista explicaba con voz lastimera que, si no hubieran comido tantos caramelos, no tendrían una higiene bucal tan desastrosa.

Finalmente, todos los senadores y representantes quedaron convencidos. Bueno, no todos. Un senador demócrata de Vermont —un señor calvo y entrado en años que llevaba una dentadura postiza que le sentaba fatal y sentía debilidad por los ositos de gominola— votó en contra del proyecto de ley. Y hubo dos republicanos a los que les pareció divertido presentarse en la Cámara de Representantes lamiendo un chupachups. Ellos también votaron en contra.

Pero fueron los únicos. Y ahora que la propuesta se había convertido en ley, según informaba el periódico, los dulces iban a ser retirados inmediatamente de las tiendas de todo el país. Las fábricas se clausurarían. Buscarían una alternativa para el truco o trato de Halloween. ¿Y si se intercambiaran tebeos en lugar de caramelos?

Richie seguía plantado en el umbral cuando su abuelo, ataviado con un albornoz, bajó por la larga escalinata. Ya no estaba gimoteando, solo se sorbía la nariz y se frotaba los ojos. Se dio la vuelta al pie de las escaleras, como siempre hacía, e inclinó la cabeza ante el retrato de la niñera. Richie torció el gesto, rezando para que su abuelo no empezara a recitar un poema picantón. Pero el comandante Melanoff se limitó a murmurar:

—Niñera, niñera, niñera...

Después se giró, le dio una palmadita en la cabeza a Richie y entró en el salón.

—¿Te has enterado? —le preguntó a Tim.

—Sí —respondió el padre de Richie en voz baja.

—Estamos arruinados, ¿verdad?

Tim Willoughby asintió.

—Completamente arruinados.

Se hizo el silencio, hasta que Richie preguntó:

—¿Os parece bien si salgo a jugar?

Su padre lo miró fijamente.

—¿Con qué vas a jugar?

Richie se quedó pensativo.

—Pues... con mi pelota de baloncesto Firepulse Innovation revestida con piel de grano superior.

—¿Es nueva? —preguntó su padre.

—Sí. La encargué la semana pasada y me llegó ayer. Aún no sé si me convence. A lo mejor me compro una Spalding TF-1000.

A Richie siempre le habían dado permiso para encargar todos los

juguetes y cachivaches que quisiera. Los multimillonarios (y sus hijos, e incluso sus nietos) pueden permitirse hacer esas cosas.

Su padre se levantó de su asiento, se acercó a su hijo y le pasó un brazo por los hombros.

—Vamos a tener que apretarnos el cinturón, Richie.

—¿Eh?

—Sal a jugar con la pelota de baloncesto. Pero no compres nada más. Estamos en la indigencia. Nos han machacado.

—¿Machacado?

—Sí. Los dentistas.

5

En el cuidado jardín de la mansión (los jardineros se pasaban el día segándolo y recortándolo), Richie botó[5] su pelota nueva con desgana y pensó fugazmente en los dentistas. Sin embargo, pensar en eso era un rollo y, además, no había terminado de entender lo que dijo su padre acerca de que tenían que apretarse el cinturón. Para empezar, él ni siquiera llevaba cinturón.

Richie apartó los espesos rododendros que crecían al lado de la valla y se asomó al jardín de los vecinos para comprobar si los hermanos Póbrez estaban jugando allí. La familia Póbrez, que no podría tener un apellido más apropiado, no tenía césped, ni arbustos, ni ornamentos paisajísticos. No tenían más que un jardín repleto de calvas y malas hierbas alrededor de su diminuta casa.

Sin embargo, el jardín de los vecinos estaba vacío. Richie suspiró. Botó la pelota un par de veces más. Dentro de la mansión, su padre y su abuelo estaban afanados en hablar por teléfono con bancos, oficinas centrales y con el distribuidor que monitorizaba la ubicación de los mil cuatrocientos camiones que repartían dulces por todo el país e incluso por Canadá. Ahora esa mercancía era ilegal: todos esos miles de chocolatinas, piruletas y gominolas. ¡Y las barritas de regaliz! ¡Qué mal! Desde hacía décadas, su producto estrella era una fina y gomosa chuchería en espiral conocida como «Lametín».

---

[5] No debió hacerlo. Las pelotas de baloncesto revestidas de piel de grano superior solo pueden utilizarse en interiores. Pero Richie no se había leído las instrucciones.

6

Dentro de la casita situada al otro lado de la valla, donde se asentaba a la sombra de la mansión, la señora Póbrez estaba con sus hijos en la cocina.

Los hermanos Póbrez no habían probado nunca el Lametín. Tampoco habían probado ningún otro dulce, porque eran..., en fin, pobres.

En ese momento estaban sentados a la mesa de la cocina, apurando la papilla grumosa[6] que tenían para desayunar. Era lo que tomaban todas las mañanas. Su almuerzo diario consistía en una sopa aguada con unas rodajas de patata y alguna que otra zanahoria. De cena siempre había estofado, que a veces contenía trozos de alguna carne no identificada.

—El 4 de julio no será 4 de julio sin fuegos artificiales —exclamó Winifred Póbrez, de diez años, mientras removía la papilla.

—¿De qué estás hablando? —preguntó su hermano, Winston, que tenía doce años. Sus padres los llamaron así para que sus nombres tuvieran la misma sonoridad: Win y Win—. Aún estamos en junio.

—Ya sé en qué mes estamos. Es que estaba ensayando para hablar como Jo, la de *Mujercitas*[7]. He sacado ese libro de la biblioteca diecisiete veces. Jo es mi favorita. Aunque se queja mucho de ser pobre. Según ella, la Navidad no será Navidad sin regalos. No tienen regalos porque son pobres, como nosotros. Y su padre está fuera de casa, igual que el nuestro.

La señora Póbrez sacó un pañuelo del bolsillo de su mandil y se enjugó brevemente los ojos.

—Echo mucho de menos a vuestro padre. Pero es un hombre trabajador y...

—Hablas igual que Marmee, la del libro —le dijo Winifred—. A lo mejor empiezo a llamarte así.

—No, por favor —dijo la señora Póbrez—. Prefiero que me llames «madre».

—Pues deja de ponerte en plan Marmee.

—¿Y qué significa eso?

—Significa hablar de un modo meloso y lastimero, que provoca náuseas a la gente.

Winston alzó la mirada de su papilla grumosa e imitó el gesto de tener arcadas. Después preguntó:

—¿Dónde está nuestro padre? Es decir, ¿dónde está ahora? Ya sé que nos mandó una postal desde Ohio, pero eso fue hace varias semanas.

Su padre, Ben Póbrez, llevaba mucho tiempo fuera de casa. Era un vendedor de enciclopedias. De hecho, ostentaba el récord mundial de ventas: no había vendido ni una en toda su vida.

La señora Póbrez suspiró.

—Ay, vuestro pobre padre —dijo—. Las pasó canutas en Ohio. Luego se desplazó más hacia el oeste. Ahora está en...

—Pues a mí me gusta Ohio —interrumpió Winifred—. Empieza y termina por la letra «O».

—¿Y por qué las pasó canutas? —preguntó Winston, que se levantó para llevar el cuenco vacío al fregadero.

Su madre suspiró.

—Veréis, estaba yendo de casa en casa, como hace siempre, con sus muestras de la enciclopedia, y...

Winston soltó un gemido.

—Esas enciclopedias son un fastidio —dijo—. Padre intentó venderle una a mi profesora de sexto, pero ella la revisó y dijo que estaba muy desactualizada.

—Por eso sale tan barata —le explicó su madre.

—Pero no puedes buscar, por ejemplo, ordenadores en una enciclopedia que se publicó antes de que se inventaran —recalcó Winston.

—Ni los nuevos elementos —añadió Winifred, que era una apasionada de la ciencia—. No creo que la enciclopedia contenga ningún elemento desde..., umm, seguramente desde el bohrio[8]. Y después de ese descubrieron unos once más.

La señora Póbrez suspiró.

—Bueno, siempre puedes buscar a Abe Lincoln. O los motores de vapor.

—O el granito —añadió Winifred. La geología era su disciplina científica preferida. Coleccionaba rocas. Le chiflaba el granito.

—¿Por qué padre las pasó canutas en Ohio? —insistió Winston.

—Veréis —explicó su madre—, vuestro padre abrió la puerta de un jardín, con intención de llamar a la puerta de la casa, y un perro le mordió. —Hizo una pausa—. Y lamento decir que él le arreó una patada.

Winifred pegó un respingo.

—¿Nuestro padre pateó a un perro?

—Pues sí, lo hizo. Seguro que era un perro muy malo. Pero a vuestro padre lo arrestaron por maltrato animal. Finalmente, las autoridades le dejaron marchar, pero tuvo que acceder a irse de la ciudad. Por eso puso rumbo al oeste.

La señora Póbrez removió el té, después extrajo con cuidado la bolsita de la taza y la examinó.

—Creo que esta bolsita aún me puede dar para dos desayunos más —dijo, después la dejó a un lado con delicadeza—. La frugalidad es una gran virtud, niños. No lo olvidéis.

—Ya te has puesto en plan Marmee —murmuró Winifred, y su hermano asintió para mostrarse de acuerdo.

La señora Póbrez ignoró ese comentario y se dio la vuelta hacia su hija.

—¿Te gusta cualquier estado que empiece y termine por una vocal? —preguntó—. ¿Como Idaho o Indiana? ¿O tiene que ser la misma vocal?

Winifred se quedó pensativa.

—La misma —respondió.

Su madre sonrió y dio un sorbo de té.

—En ese caso, te gustará conocer el paradero actual de tu padre. Ahora está en Alaska.

—¿En Alaska? —preguntó Winston—. ¿Y por qué ha ido allí?

—Vuestro padre está convencido de que en Alaska necesitan enciclopedias. Y entre venta y venta, pensó que podría probar suerte con la búsqueda de oro —explicó la señora Póbrez.

—Estaría bien que lo encontrara —dijo Winifred. Se levantó y depositó su cuenco en el fregadero, junto al de su hermano—. El oro fue descubierto allá por el año 6000 a. e. c. ¿Os acordáis de la vecina de al lado? Tiene un brazalete de oro. A veces sale a la calle para llamar a su hijo y veo cómo reluce en su muñeca.

La señora Póbrez suspiró ligeramente y se fijó en su muñeca desnuda.

—Lo siento —dijo Winifred—. No debería haberlo mencionado.

—¿Y padre sabe cómo se hace eso? —preguntó Winston, escéptico —. ¿Lo de buscar oro?

—Dijo que lo consultaría en la enciclopedia —le explicó su madre —. La semana pasada me envió una postal, aunque apenas contenía unas pocas frases. Decía que el paisaje es muy bonito, pero que hace un frío que pela. Me preguntó si podría tejerle una bufanda.

—¿Y puedes? —preguntó Winifred.

—No, cielo. La lana es muy cara.

Winifred se echó a llorar.

—Pobre padre —sollozó—. ¿Hay pañuelos? —preguntó al rato, gimoteando—. Me moquea la nariz.

—Solo queda este, en el que acabo de estornudar —respondió su madre, mientras lo sacaba del bolsillo de su mandil—. Los pañuelos son muy caros. Toma.

—Déjalo —dijo Winifred—. Prefiero sonarme en la manga.

---

[6] Esa papilla era bastante asquerosita, similar a unas gachas, pero mucho mucho peor: un potingue aguado y lleno de tropezones.

[7] Es una novela escrita por Louisa May Alcott, publicada en 1868. Se han rodado muchas películas de *Mujercitas*. La madre, Marmee, fue interpretada por Spring Byington en 1933, por Mary Astor en 1949 y por Susan Sarandon en 1994. La Marmee más reciente es Laura Dern (2019).

[8] Con número atómico 107, el bohrio recibe su nombre del físico danés Niels Bohr. Tiene una vida media de aproximadamente un minuto.

7

En el preciso instante en que Winifred Póbrez se limpiaba los mocos de la nariz con la manga, su padre, Ben Póbrez, estaba dormido como un tronco al sudeste de Alaska. Allí era cuatro horas más temprano.

El día anterior, por la tarde, fue a la oficina de correos de Whitehorse para enviarle un regalo a su hija.

—¿Cómo va? —le preguntó la empleada de correos.

Ben Póbrez suspiró.

—No muy bien —respondió—. Se me están desgastando las suelas de los zapatos. No consigo vender una sola enciclopedia. Y los tomos de muestra que llevo de un lado a otro pesan un quintal. Por cierto, ¿no le interesará comprar una enciclopedia? Podría hacerle un precio especial...

La empleada suspiró con impaciencia.

—Me refería al paquete. ¿Cómo va? ¿Ordinario? ¿Urgente? ¿Certificado? —Agarró el paquete, envuelto con torpeza, que Ben había colocado sobre el mostrador—. Porras. Pesa una tonelada. ¿Qué contiene? ¿Rocas?

Ben Póbrez pegó un respingo.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Tiene telepatía o algo así?

—Solo ha sido una suposición.

—Pues ha acertado —dijo Ben—. Quiero enviarle unas rocas de Alaska a mi hija. Le apasiona... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, la Geología. De mayor quiere ser geóloga. Por eso quiero enviarle estas piedras.

La empleada pesó el paquete.

—Pues sepa que el envío más barato le costará treinta y dos dólares. Y tardará una buena temporada en llegar hasta allí.

Ben torció el gesto.

—No hay prisa. Pero ¿treinta y dos dólares? Se me está acabando el dinero —confesó—. Como no venda pronto una enciclopedia... —Se interrumpió—. ¡Oiga! Seguro que el volumen de la «T» contiene mucha información sobre la telepatía. ¿Qué tal si...?

—No. Lo siento. —La empleada alargó la mano para que le diera el dinero.

A regañadientes, Ben extrajo dos billetes de veinte dólares del enclenque fajo de dinero que le quedaba y se los dio. Después, contó

el cambio.

—Pensaba entrar en la cafetería de la esquina para almorzar —dijo Ben Póbrez, mientras se guardaba los billetes—. Pero ya no me lo puedo permitir. Tendré que conformarme con una chocolatina.

—Eso no va a ser posible —repuso la empleada—. ¿Es que no se ha enterado?

—¿De qué?

—Ha salido una nueva ley. Ahora los dulces son ilegales.

—¿Ilegales?

—Se castigan con penas de cárcel.

—¿Ni siquiera puedo comprarme un Milky Way? ¿O una barrita de Nestlé Crunch?

—Es un delito contra la salud pública.

—¿Incluso los M&M's?

—Todos los dulces —zanjó la empleada.

—¿Y si alguien me regala una caja carísima de bombones Godiva?

La empleada miró a Ben, con su barba desaliñada y su camisa de cuadros manchada de café. Después miró de reojo hacia una pared de la oficina de correos, donde estaban colgados los carteles de «Busca y captura», y concluyó que Ben no coincidía con ninguno de esos delincuentes. De todos modos, prefirió no decir nada sobre los bombones Godiva[9]. En vez de eso, le hizo señas al siguiente de la fila.

—Adelante —lo llamó.

—Jolines —se lamentó Ben, que se dio la vuelta para salir de la oficina—. En fin, me apañaré con una manzana.

—¡Es buena para sus dientes! —le dijo la empleada desde lejos.

---

[9] Caja dorada de bombones surtidos, 105 piezas: 150 dólares. Valen hasta el último penique.

8

Los hermanos Póbrez no tenían ni idea, claro está, de que su ausente padre le había enviado un paquete por correo a su hija el día anterior, ni de que los señores Willoughby habían regresado de Suiza y pronto llegarían al mismo barrio donde residían ellos. La casa de los Willoughby —una vivienda anticuada de cuatro plantas que fue su hogar hasta que se embarcaron en esas funestas vacaciones— se encontraba a escasas manzanas de distancia.

Sin embargo, nadie la conocía como la casa de los Willoughby. Todos se habían olvidado de sus antiguos habitantes: un banquero malhumorado y una esposa igual de gruñona, junto con sus cuatro hijos. Tim Willoughby, cuando iba y venía de la fábrica de dulces, siempre le decía al chófer que tomara una ruta alternativa para no tener que ver la casa y recordar los años de su infancia. Cuando se hicieron mayores, sus hermanos y él crearon un fondo en memoria de Henry y Frances Willoughby para apoyar buenas causas de diversa índole. Pero la triste realidad era que nunca habían echado de menos al irritable matrimonio que se fue de vacaciones sin ellos a Suiza, donde, treinta años antes, se convirtieron en carámbanos humanos en lo alto de una montaña.

¿Y los hermanos Póbrez? Ellos nunca habían oído hablar de los Willoughby. Los únicos vecinos que les interesaban eran los que vivían en la mansión de al lado: Richie, sus padres y su abuelo. Winifred y Winston estaban fascinados por la inmensidad de esa casa que tenía torretas, balconadas e incluso gárgolas[10].

Winifred Póbrez había contado varias veces las ventanas de la mansión. El resultado siempre era el mismo: treinta y siete.

—Nosotros solo tenemos seis ventanas —dijo una tarde, suspirando—. Y ellos tienen treinta y siete.

—Míralo como una oportunidad para repasar las matemáticas —le propuso su hermano—. Treinta y siete menos seis es igual a...

—Me faltan dedos para contar tanto.

—No tienes por qué contar con los dedos —replicó Winston—. ¿Y si resulta que no tienes? Muchos pobres no tienen dedos.

—¿Por qué no? —preguntó Winifred—. ¿Por qué no tienen? Los dedos son gratis. No hace falta comprarlos.

—Por supuesto que no. Pero a los pobres les hacen trabajar en fábricas con maquinaria peligrosa. Y a veces se cortan los dedos.

Winston, sonriendo, levantó una mano con dos dedos flexionados para que pareciera que le faltaban.

Winifred se estremeció. Después agarró un lápiz y resolvió la cuenta matemática en el reverso de un trozo de periódico.

—Treinta y una —dijo—. Tienen treinta y una ventanas más que nosotros. No es justo.

—Pues claro que no —coincidió Winston—. Pero deberíamos poner...

El niño se quedó mirando a su madre y a su hermana, hasta que las dos completaron la frase:

—Al mal tiempo, buena cara.

Era un dicho recurrente entre la familia. Cuando el padre volvía a casa con gesto apesadumbrado y decía: «No he vendido una sola enciclopedia y, encima, me metí en un barrizal y se me estropearon los únicos zapatos que tengo», recurrían a ese dicho. Cuando la cena se limitaba a un caldo beis con unas pocas zanahorias mustias y una patata pocha, recurrían a ese dicho. Y cuando Winifred se enfurruñó por la comparación con las ventanas, recurrieron a él otra vez.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Lo de, al mal tiempo, buena cara? —preguntó Winifred.

—Ni idea —respondió su hermano.

La señora Póbrez sonrió desde el fregadero, mientras fregaba los cuencos con un paño deshilachado.

—Significa, cielo, que hay personas como nosotros que viven en casitas pequeñas y ordenadas, miran mucho el dinero y desayunan una papilla grumosa. Pero no nos quejamos. Y no envidiamos a nadie.

—No te pongas en plan Marmee, madre —replicó Winston.

—Lo siento.

—¿Quieres decir que no hay que envidiar a Richie, el vecino? ¿El que tiene treinta y siete ventanas? ¿Y el que seguro que desayuna gofres belgas con sirope de arce de verdad? —preguntó Winifred, desalentada.

—Exactamente. Debemos alegrarnos por él.

—Jolín, madre —suspiró Winifred—, menuda Marmee estás hecha.

*

Winifred y Winston salieron al jardín después del desayuno y allí se asomaron desde la verja mientras Richie botaba su pelota de baloncesto varias veces, para luego dejarla con cuidado en el porche. Richie entró en casa y regresó poco después con un enorme coche de

juguete. Winston miró el cochecito astillado y con tres ruedas que llevaba él en la mano. Se lo había tallado su padre. Winston le tenía mucho cariño a ese coche, pero entonces lo dejó en el suelo y se acercó a la valla para contemplar el asombroso vehículo que Richie acababa de depositar en el césped.

—¡Ostras! ¿Es tuyo, Richie? —exclamó.

—Sí. Es una réplica por control remoto del exclusivo Lamborghini Veneno Roadster —respondió el niño.

—¿Ha sido tu cumpleaños? —preguntó Winifred, que también se acercó a la valla, aunque los coches no le interesaban demasiado.

Richie pareció sorprendido.

—No —respondió—. Lo vi en internet y lo encargué. —Después añadió—: Aunque ya no puedo seguir haciéndolo. Por culpa de los dentistas.

—¿Qué han hecho los dentistas? —preguntó Winifred.

—No estoy seguro. Algo. Y ahora estamos en la indigencia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Winifred.

—Significa que estamos arruinados.

—¿En qué sentido? —preguntó Winston.

—No lo sé —respondió Richie.

—En fin, al menos sigues teniendo ese coche tan chulo —le recordó Winston.

—Sí —dijo el niño, que se quedó mirándolo—. El mando del volante está en el porche. Tiene un alcance de quince metros, reproduce los sonidos reales de un motor revolucionado a través del altavoz integrado y permite dirigir el coche en todas direcciones, con una aceleración máxima de diez kilómetros por hora.

Richie se agachó, revisó la posición del coche, después se dirigió al porche y encendió el mando. El vehículo se desplazó sobre el césped recién cortado, cambió de sentido, regresó al punto de partida y se detuvo.

—El icónico toro de Lamborghini adorna el capó y los tapacubos, los faros delanteros y traseros son de LED, y la carrocería está pintada con el mismo tono que la versión a tamaño real —enumeró Richie.

Volvió a conducir el vehículo por el jardín. Después bajó del porche, recogió el coche y volvió a entrar en la mansión.

Los hermanos Póbrez se alejaron de la valla y se sentaron codo con codo en su descuidado jardín. Winston cogió su pequeño coche de juguete y lo hizo rodar entre un puñado de malas hierbas, con cuidado de esquivar una fila de hormigas que avanzaban en meticuloso orden hacia su hormiguero.

—Si tuviéramos un ordenador, podríamos encargar cosas —

refunfuñó.

—Si tuviéramos dinero, podríamos comprar un ordenador —repuso Winifred.

—Si nuestro padre tuviera un empleo de verdad, tendríamos dinero —añadió Winston.

Se hizo un largo silencio, durante el cual se sintieron un poco culpables por criticar a su padre. Era un buen hombre y no tenía la culpa de que nadie quisiera comprar enciclopedias desactualizadas. Finalmente, Winifred dijo:

—Si nosotros tuviéramos un empleo, tendríamos dinero.

—Pero ¿quién querría contratarnos? ¿Quién nos necesita? No servimos para nada.

Winston hincó a las hormigas con una ramita y las obligó a reorganizar su meticulosa fila.

Winifred sopesó esas palabras. Después señaló hacia la mansión que se alzaba al otro lado de la valla.

—Puede que él nos necesite —dijo.

—¿Quién?

—Richie. Está muy solo.

---

[10] Las gárgolas, que están pensadas para canalizar el agua, se utilizan desde hace mucho tiempo. En el siglo XII, a san Bernardo de Claraval no le gustaba tener gárgolas en su monasterio. «¿Cuál es el sentido de esos monos mugrientos, esos monstruos y esos extraños leones salvajes? ¿Con qué fin se han colocado aquí esas criaturas, mitad bestia, mitad humanas, o esos tigres moteados?», escribió.

9

En ese preciso momento, Henry y Frances Willoughby se encontraban muy cerca de allí. A pocas manzanas de distancia de los Póbrez, y de la mansión situada junto a la casita, esta pareja de gruñones vestidos de forma extraña (antes de partir de Suiza, la embajada estadounidense[11] les proporcionó prendas de vestir, pero no eran de su talla y casi todas eran marrones) se encontraba en la acera, quejándose ante cualquiera dispuesto a escucharlos. No había muchos interlocutores por la zona, pero el señor Willoughby abordó a una joven que empujaba un cochecito y empezó a describirle la situación hasta que el bebé se puso a berrear porque se le había caído el chupete. El señor Willoughby —que detestaba a los bebés, sobre todo a los que berreaban— dio media vuelta y la joven se alejó apretando el paso. Después hizo señas al conductor de una camioneta de reparto. Cuando el vehículo frenó, el conductor bajó la ventanilla y dijo:

—¿Qué ocurre?

—¡Esta casa! —exclamó el señor Willoughby. Señaló hacia la imponente vivienda ante cuyas escaleras de entrada se encontraba su mujer—. ¡Antes era mía!

—Pues muy bien —repuso el conductor, que aceleró el motor.

—¡Pero los que están dentro dicen que nunca han oído hablar de mí! —bramó el señor Willoughby.

—Yo tampoco he oído hablar de usted, señor —repuso el conductor, que subió la ventanilla.

—Me llamo Henry Willough...

La camioneta soltó una pedorreta de humo grisáceo, reanudó la marcha y desapareció por una esquina.

—¡Ni de mí! —exclamó su esposa con voz petulante—. ¿Qué pasa conmigo?

Una ardilla, que estaba encaramada al tronco de un árbol en el borde de la acera, se detuvo, ladeó la cabeza y miró a la enardecida pareja. Después siguió el ejemplo del conductor y prosiguió su camino.

—Vuelve a tocar el timbre —ordenó el señor Willoughby—. Esto es indignante.

Su esposa se cambió el pesado bolso[12] del brazo derecho al

izquierdo, subió las escaleras y pulsó el timbre de la puerta. No pasó nada. Lo pulsó una y otra vez hasta que por fin la puerta roja se abrió de golpe y apareció un tipo robusto.

—¡Ya se lo he dicho! ¡Dejen de molestarnos! Estamos viendo un partido de béisbol.

El señor Willoughby empleó su voz de vicepresidente de un banco: una que rezumaba cortesía, pero con un ligero toque hostil.

—Permita que me presente. Soy Henry H. Willoughby. ¿Y usted, caballero, es...?

El hombre, que había hecho amago de cerrar la puerta, titubeó, porque una voz hostil que rezuma cortesía puede resultar un poco desconcertante.

—O'Leary —dijo tras una pausa—. Me apellido O'Leary.

—Encantado de conocerle, señor O'Leary. ¿Dice que compró esta casa hace unos años? Es una casa preciosa, por cierto.

—Hace doce años. Se la compré a un tipo llamado Rosenbaum. Mis hijos eran pequeños cuando nos mudamos. Ahora son adolescentes. ¿Se hace una idea de lo que eso supone, Willoughby? ¿El tener tres adolescentes en casa?

—Me temo que no. ¿Y esos hijos son todos... suyos?

—¿Disculpe?

—Es decir, ¿por casualidad no adquirió algún niño cuando compró la casa?

El hombre se lo quedó mirando desde el umbral.

—No había ningún niño en la casa cuando nos mudamos. Y volverá a estar libre de niños dentro de cuatro años. Aunque tampoco es que lleve la cuenta, ¿eh? Para entonces se habrá largado hasta el hijo al que han expulsado dos veces del instituto por...

—Corta el rollo, papá. —De repente apareció un adolescente de una estatura considerable en el umbral, junto al señor O'Leary—. Los Yankees van ganando, tres a dos. Te has perdido un jugadón.

El adolescente se quedó mirando a la extraña pareja: la mujer ceñuda situada junto al timbre y el hombre que estaba al pie de las escaleras, con el rostro ruborizado y un gesto de suspicacia.

—Tú no te llamarás Tim, por casualidad, ¿verdad? —le preguntó el señor Willoughby al muchacho. (Tim Willoughby era, claro está, uno de los hijos que había dejado atrás).

—No. Soy Brian.

—¿O Barnaby? —preguntó la mujer, que se inclinó hacia delante para verlo mejor—. No, no tienes cara de llamarte así.

(Dos de los hermanos Willoughby eran gemelos, y los dos se llamaban Barnaby[13]).

—¿Quiénes son estos, papá? —preguntó el adolescente.

—No lo sé. Son los señores Willoughby, por lo visto antes vivían aquí. —El señor O'Leary se dio la vuelta hacia el matrimonio—. Buena suerte. Voy a seguir viendo el partido.

Alargó el brazo para cerrar la puerta, pero su hijo lo detuvo.

—Hay un tipo llamado Willoughby a unas manzanas de aquí. En la mansión. ¿Sabes cuál te digo, papá? Salió en todos los periódicos cuando el viejo se jubiló, porque era multimillonario.

El señor O'Leary frunció el ceño.

—No se apellidaba Willoughby. Tenía un extraño nombre extranjero.

—No, me refiero al tipo que se quedó con la empresa. Ahora vive allí. Lo recuerdo de cuando repartía periódicos.

—¿Te refieres a cuando estabas dispuesto a trabajar? ¿Antes de decidir que eras demasiado señorito como para tener un empleo de verano? —inquirió su padre.

—¡Una mansión! ¿Una mansión habitada por un Willoughby? Tenemos que ir allí, Henry —le ordenó la señora Willoughby a su marido—. En marcha.

Brian O'Leary les dio las indicaciones, señaló hacia el final de la manzana y les enumeró las calles en las que debían girar.

—¿Está lejos? —preguntó la señora Willoughby, mientras se reunía con su marido a pie de calle—. Me duelen los pies.

—Vayan en Uber —sugirió el señor O'Leary.

Entonces metió a su hijo en casa, se dio la vuelta y cerró la puerta a su paso.

—¿Qué es un Uber? —le preguntó la señora Willoughby a su esposo.

—No tengo ni idea —respondió él—. Tiene pinta de ser una palabrota en alemán.

Refunfuñando entre dientes, los dos se pusieron en marcha.

---

[11] Embajada de EE.UU., Sulgeneckstrasse, 19, 3007 Berna (Suiza). Acude allí si pierdes el pasaporte. O si te descongelas de repente.

[12] Al final, logró recuperarlo entre la nieve derretida, pero estaba chorreando que no veas. Pasados varios días, la piel del bolso seguía humedecida y pesaba mucho, y además estaba empezando a oler a moho.

[13] Es un hecho inusual, pero no inédito. El famoso boxeador George Foreman tuvo cinco hijos y a todos los llamó George.

10

El descongelado matrimonio avanzó hacia la mansión a paso muy lento, porque los taconazos que llevaba la señora Willoughby no eran de su talla y porque el señor Willoughby se empeñó en examinar cada coche aparcado junto al que pasaban. Ninguno de ellos concordaba con su concepto de lo que debía ser un automóvil.

—¿Tesla[14]? —exclamó—. ¿Qué narices es un Tesla?

En ese preciso momento, los hermanos Póbrez estaban discutiendo con su madre en la cocina de la casita.

—¿Qué queréis decir con eso de que vais a buscar un empleo? Mis chiquitines no deberían tener que salir a trabajar —dijo la señora Póbrez, que se secó una lágrima con una esquina del mandil.

—Pero es que necesitamos comida, madre —recalcó Winston.

—Y ropa nueva —añadió Winifred. Señaló sus prendas, que le quedaban diminutas.

—Y un ordenador —murmuró Winston.

Lo dijo bajito porque sabía que su madre no entendería esa necesidad concreta. Por suerte, no lo oyó. Se había acercado al mueble escobero para sacar la escoba, que estaba tan deteriorada que le quedaban cuatro pelos. No obstante, a pesar del mal estado de la escoba, se dispuso a barrer el suelo de la cocina.

—Tenéis razón —dijo—. Necesitamos dinero. Y acabo de tener una idea. —Se agachó y trató de alisar el borde de un trozo de linóleo que se había agrietado y aflojado—. Creo que servirá para cubrir nuestras necesidades hasta que vuestro padre regrese con los bolsillos llenos.

—¿Qué idea has tenido, madre? —preguntó Winifred.

—Nos convertiremos en un B&B —anunció la madre.

—¿Un qué? —exclamaron al unísono los desconcertados hermanos Póbrez.

—Un B&B. —La madre apoyó la escoba en un lateral del fogón—. Solo tenemos que decorar un poco. Winston, quiero que vayas de inmediato al armario ropero. Allí es donde están guardadas las enciclopedias de vuestro padre. Pero también encontrarás un bote con restos de pintura azul. Quiero que les des un repaso a los postigos. Y colgaremos mi viejo sombrero de paja en la puerta principal. Los sombreros en las puertas son típicos de los B&B[15].

—Pero, madre —dijo Winifred—, sabes lo que significa B&B, ¿verdad? Se refiere a un hostal que ofrece *bed and breakfast*, es decir, cama y desayuno.

—Ya lo sé, cielo. Los huéspedes dormirán en mi cama y yo me meteré en la vuestra. ¿Os parece bien? Dormiremos acurrucaditos y achuchados. Podremos contarnos cuentos en la oscuridad.

Winifred torció el gesto.

—Ya estás otra vez en plan Marmee, madre. ¿Y qué pasa con el desayuno para los huéspedes? —preguntó.

—¿Qué pasa con él? Aparta el pie, cielo. Estás pisando una caca de ratón.

—Es que nuestro desayuno siempre consiste en..., ya sabes..., papilla grumosa.

Winifred se hizo a un lado para que su madre pudiera limpiar el montículo endurecido con una bayeta.

—Pásame algo con lo que rascarlo, Winston. Nunca hay manera de aflojar estas cacas de ratón. Pensaba que con el calor del verano se habrían reblandecido.

La madre cogió el cuchillo de cocina que le tendió su hijo y comenzó a hincarlo en los bordes del montículo.

—En cuanto al desayuno, ya buscaremos un modo de aderezar un poco la papilla. ¿Qué tal unas pasas?

Las bolitas negras se desprendieron y se desperdigaron por el suelo. La señora Póbrez se levantó, satisfecha con el resultado.

—Listo —dijo—. Ya solo queda barrerlas.

---

[14] Venga, hombre. Tú sí deberías saber lo que es un Tesla, aunque ellos no lo sepan. Es un coche eléctrico. El primero apareció en 2008.

[15] Los ositos de peluche, las flores secas y la ropita retro de bebé también suelen formar parte de la decoración de un B&B. Pero los Póbrez no tenían nada de eso.

11

Lejos, muy lejos, en una zona despoblada al oeste de Canadá, una camioneta se echó a un lado de la carretera para hacer una breve parada. Ben Póbrez se apeó del asiento del copiloto, después alargó el brazo para coger su pesada mochila y se alegró de haber enviado por correo el paquete con las rocas. Al menos no tenía que cargar con él. Solo se había quedado dos piedras; estaban alojadas en el fondo de la mochila, y de vez en cuando les echaba un vistazo, para recordar lo contentos que se pondrían sus hijos con el regalo, sobre todo Winifred.

Contempló el abrupto contorno de las montañas cercanas. Eran muy hermosas, pero Ben no reparó en ello porque llevaba semanas viendo montañas, todas ellas muy hermosas, así que ya estaba un poco harto. Por encima de las cumbres, advirtió, se estaban formando unos nubarrones negros.

—Siento no poder llevarlo más lejos —le dijo el conductor—. Espero que lo recoja alguien antes de que empiece a llover.

—¿Seguro que no quiere comprar una enciclopedia? Es la última oportunidad. Le haré un gran descuento.

—No insista, señor. Ya le he dicho que no.

—Disculpe. ¿Dónde estoy, exactamente?

—A las afueras de Smithers —respondió el conductor.

—¿Hay algún colegio en Smithers? —preguntó Ben.

Los profesores siempre mostraban interés por las enciclopedias. Nunca le habían comprado ninguna, pero hojeaban las muestras con mucha atención.

—Ni idea. Alguno habrá —repuso el otro.

—¿A qué distancia está Seattle?

—A unos mil trescientos kilómetros. —El conductor pisó el acelerador—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Póbrez. Ben Póbrez.

—Le deseo buena suerte, señor Póbrez.

El conductor cerró la puerta y se alejó envuelto en una nube de humo.

Ben Póbrez ahuyentó un mosquito de un manotazo, se echó la pesada mochila sobre los hombros y empezó a caminar. Había emprendido el viaje en Anchorage, llevaba cuatro días haciendo

autoestop y estaba muy cansado.

Mientras caminaba con paso fatigado, se preguntó cómo podría aligerar su carga. ¿Y si se deshiciera de los volúmenes de muestra de la enciclopedia? Sin embargo, ¡aún podría usarlos para cerrar una gran venta! (Ben nunca perdía el optimismo). En vez de eso, lo más lógico sería tirar esas rocas de color extraño con las que cargaba desde que las sacó del agua en Mineral Creek[16], durante su estancia en Alaska. Suspiró. Ya había enviado la mayoría por correo, y las dos últimas se encontraban al fondo de la mochila. Tendría que sacar todos los libros para encontrarlas. Menudo fastidio. De todos modos, eran muy bonitas, con esas vetas relucientes que tenían. Tal vez le trajeran buena suerte. Por ejemplo, para que alguien lo recogiera antes de que empezara a llover.

---

[16] Una pequeña lección de geografía: Mineral Creek es un arroyo de dieciséis kilómetros de longitud que discurre por la cordillera Chugach, desde el glaciar de Mineral Creek, y fluye por un angosto valle al sudoeste de Alaska.

12

De acuerdo con las indicaciones que les habían dado, los señores Willoughby se encontraban muy cerca de la mansión Melanoff, donde, según les habían contado, vivía alguien que se apellidaba como ellos. Pero cuando pasaron junto a un parquecito flanqueado por unos cuantos bancos, la señora Willoughby le rogó a su marido que le permitiera sentarse.

—Estoy sudando como un pollo y tengo el pelo hecho un desastre —alegó—. ¡Y mira esto! ¡Me está saliendo una ampolla!

Se quitó a duras penas uno de esos taconazos, que además no era de su talla, y le mostró la zona del pie que tenía inflamada. El señor Willoughby lo observó con desagrado.

—Siempre has tenido unos pies feísimos —masculló.

—Habla, chucho, que no te escucho —replicó su mujer.

Henry Willoughby no respondió. ¿Cómo podría? No había réplica posible para esa frase. Ignorando a su esposa, recogió un periódico doblado que alguien se había dejado en el banco. Detrás de ellos, un puñado de adolescentes jugaban al fútbol sobre una porción de césped. Un despeje errado lanzó la pelota fuera del terreno de juego, y un jugador la persiguió hasta el lugar donde aterrizó, cerca del banco donde se encontraban los Willoughby.

—Perdone, señor —dijo el muchacho, mientras se agachaba a recoger la pelota.

—No pasa nada —repuso el señor Willoughby, con su solemne voz de banquero—. ¿Qué tal el partido? No iréis a pifiarla como le pasó a Argentina[17], ¿verdad? —Soltó una sonora carcajada, que quiso que pareciera propia de alguien muy deportista y viril.

—¿Qué? —El chico parecía confuso.

—Quedaron uno a cero, ¿verdad? ¡Alemania Occidental ganó con un penalti!

—¿Qué es Alemania Occidental? —preguntó el muchacho, desconcertado—. Bueno, ya lo buscaré en Google —añadió. Después lanzó la pelota hacia sus compañeros y echó a correr hacia el terreno de juego.

Henry Willoughby se acomodó sobre el banco. Se había quedado un poco chafado.

—¿En Google? No entiendo nada de lo que dice la gente —se lamentó.

Al cabo de un rato, miró el periódico que seguía teniendo en la mano.

—Y esta letra es diminuta. ¡Ojalá no hubiera perdido las gafas en esa condenada cumbre!

Se acercó el periódico a la cara y achicó los ojos para leer el texto.

—Ay, señor —refunfuñó de repente. Después se dio la vuelta hacia su esposa, que seguía frotándose el pie hinchado—. ¿Frances?

—¿Qué pasa?

La señora Willoughby estaba un poco tensa, seguía molesta por el comentario de su marido sobre sus pies. Ella opinaba que tenía unos pies muy bonitos, siempre que no te fijaras en la ampolla, claro.

—¡Mira esto! —exclamó el señor Willoughby, señalando el periódico—. Estamos en serios apuros.

—¿Por qué? Aparte de mi pie, claro. Pero si consigo unas tiritas y unos zapatos de mi talla, se me curará.

—No me refiero a tu estúpido pie. Hablo de nosotros, de los dos. Estamos en el año equivocado.

—¿De qué narices estás hablando? Y que sepas que mi pie no es estúpido.

—Nos fuimos de vacaciones. ¿Te acuerdas? Con la Agencia de Viajes Reprobables.

—Pues claro que me acuerdo. Sobrevolamos aquel volcán en helicóptero, hicimos piragüismo entre cocodrilos y después...

Su marido la interrumpió:

—¿Cuántos años teníamos?

—Uf, las matemáticas se me dan fatal. A ver, tuvimos hijos. El mayor... ¿Cómo se llamaba?

—Tim.

—Eso, Tim. Qué nombre más feo. No sé por qué se lo pusimos. En fin, el caso es que tenía doce años cuando nos fuimos. Y él nació cuando yo tenía veinticuatro. Eso significa que... Venga, échame una mano. Tú eres el banquero. Se supone que se te dan bien los números.

—Eso significa que tenías treinta y seis años cuando nos fuimos de vacaciones. Y que yo tendría treinta y siete.

—Vale. ¿Y qué?

—Mírame bien.

Frances Willoughby estaba acostumbrada a hacer lo que le dijera su marido. Así que lo miró detenidamente.

—¿Cuántos años aparento? —preguntó su esposo, que se enderezó, echó los hombros hacia atrás y metió barriga.

—Treinta y siete, supongo. —La señora Willoughby se encogió de hombros—. ¿Y cuántos aparento yo?

—Tienes un poco de panza —respondió él—, como un hipopótamo. Pero aparentas treinta y seis.

—¿Entonces? —La señora Willoughby intentó volver a calzarse el zapato—. ¿Por qué estamos en apuros?

—¿Es que no lo entiendes? —bramó él—. ¡Mira la fecha del periódico! ¡Han pasado treinta años! ¡Estuvimos tres décadas congelados!

La señora Willoughby se quedó patidifusa.

—¿Qué?

—¡Deberíamos tener sesenta y tantos años! ¡Casi setenta!

Su esposa sopesó esas palabras. Luego, sonrió de repente.

—Entonces, todas las mujeres que conocía en aquella época... Como Margaret Simpson, ¿te acuerdas de ella? ¿La que me hacía trampas al *bridge*? ¿Y Elain Cohen, la cotilla que vivía en la casa de enfrente? ¿Y te acuerdas de esas horribles tiparracas de la asociación de padres del colegio? Todas ellas tendrán ya... ¿casi setenta años?

—Sí —respondió su marido.

—¿Y yo no? Es decir, ¿nosotros no?

—Así es.

La señora Willoughby se inclinó hacia atrás y soltó una risotada.

—No te alegres tanto —le dijo su esposo.

—¿Por qué no? Ellas necesitan estirarse el pellejo y yo no. ¡Que se chinchen!

—Este es el problema, Frances: nuestros hijos.

—¿Ellos? Tim y... los demás. He olvidado cómo se llamaban.

—Eran gemelos.

—Ah, sí, Barnaby A y Barnaby B. Era un fastidio que se parecieran tanto. Nunca lograba distinguirlos. Por cierto... Ahora que me acuerdo, ¿no teníamos también una hija? Una que se pasaba el día lloriqueando.

El señor Willoughby suavizó el gesto.

—Jane —dijo, suspirando—. Ella me caía bien[18].

—Siempre has sentido debilidad por los lloricas. En fin, ¿qué problema hay con los niños, aparte de que se supone que tenemos que volver a ejercer como padres, lo cual es un engorro tremendo?

—He aquí el problema: que ya no son unos niños —dijo su esposo—. Tendrán nuestra edad. O incluso más.

—Huy —repuso Frances Willoughby—. Vaya, qué extraño. En fin, al menos ya no tendremos que cuidar de ellos. Es un alivio.

—Me temo que ellos tendrán que cuidar de nosotros —dijo el señor

Willoughby, apretando los dientes—. Habrán heredado nuestro dinero.

Se hizo un largo silencio. Entonces la señora Willoughby se puso en pie a duras penas, torciendo un poco el gesto.

—En ese caso, vamos a buscarlos —dijo—. Porque necesito unos zapatos nuevos.

---

[17] Alemania Occidental ganó el Mundial de la FIFA de 1990 por 1 a 0 frente a Argentina. Poco después, Alemania se reunificó en un solo país y Alemania Occidental dejó de existir.

[18] De mayor, Jane se dedicó a impartir clases de Historia del feminismo en San Francisco. Los gemelos, que vivían en el Medio Oeste, se cambiaron el nombre por Bill y Joe. En cuanto a Tim... Bueno, ya sabemos dónde está Tim: en la mansión. Tim es el padre de Richie, ¿os acordáis?

13

Los señores Willoughby prosiguieron su camino hacia la mansión Melanoff. Henry Willoughby iba achicando los ojos para tratar de leer las placas de las calles, quejándose por la pérdida de sus lentes bifocales, mientras intentaba averiguar qué dirección debían tomar a continuación. A su lado, su mujer arrastraba los pies para intentar no ejercer presión sobre la ampolla.

—¿Hemos llegado ya? —preguntaba sin cesar—. Tengo hambre.

Su marido se acordó de los viajes en coche que hacían a veces con sus hijos, con su mujer en el asiento del copiloto y los cuatro críos peleándose en la parte de atrás, mientras repetían esa misma pregunta una y otra vez.

«Críos», musitó, pensando en sus propios vástagos.

¡Ojalá sus hijos siguieran siendo niños! Se portaría mejor con ellos. No les racanearía la paga, como hacía en el pasado. Les leería cuentos de buena gana antes de irse a dormir. De vez en cuando, puede que incluso los llevara al zoo. Sus hijos siempre habían querido ir allí, recordó, pero él nunca los llevó. De repente, cayó en la cuenta de un detalle.

—¿Qué fecha ponía en el periódico? —le preguntó a su esposa.

La señora Willoughby soltó una carcajada amarga.

—Treinta años después de lo que nosotros pensábamos —respondió—. Treinta años desde que nos fuimos a esas ridículas vacaciones a los Alpes.

—No, el año no. Me refiero a qué día es.

—Jueves, 17 de junio —respondió la señora Willoughby.

—¿Cuándo es el Día del Padre[19]? ¿Te acuerdas del Día del Padre?

—Nunca hemos celebrado ese día, Henry. Siempre decías que era un festivo absurdo, inventado por los fabricantes de tarjetas de felicitación. En una ocasión, los niños te pintaron unas tarjetas con ceras y lápices de colores, y tú les dijiste que habían malgastado un papel muy valioso y que debían hacer un gurruño con las tarjetas para tirarlas a la basura. Recuerdo que la niña lloró.

—Se llama Jane —repuso él, con suavidad.

—Menuda llorica.

—Jane me caía bien —dijo el señor Willoughby, que se frotó los

ojos, porque se le habían empañado—. ¿Cuándo es el Día del Padre?

Su esposa suspiró.

—El tercer domingo de junio —respondió—. Menuda tontería.

—¿No había una librería en la última esquina por la que hemos pasado? —preguntó el señor Willoughby.

—Sí, pero no nos gustan los libros, Henry. ¿Recuerdas que los niños siempre querían que les leyéramos cuentos antes de irse a la cama, pero nosotros nos negábamos? Tú decías que deberían leer cosas más instructivas. Les pagaste una suscripción al *Wall Street Journal*.

—Vamos a volver a esa librería —le dijo a su mujer—. Seguro que tendrán tarjetas de felicitación. Quiero mirar las del Día del Padre. Aún no es el tercer domingo.

—Lo has entendido mal, Henry —replicó su esposa—. Son los niños los que les dan las tarjetas a sus padres, no al revés.

Pero el señor Willoughby ya había dado media vuelta y se dirigía hacia la pequeña librería que habían dejado atrás.

—En cualquier caso —prosiguió la señora Willoughby, que apretó el paso para alcanzarlo, a pesar de la cojera—, acabas de decir que ya no son niños. Son personas adultas. ¿Por qué quieres...?

Pero él la mandó callar con un gesto. Ya había llegado hasta la entrada de la pequeña librería, que tenía, de hecho, una selección de libros sobre padres[20] en el escaparate, junto con un letrero que decía: «¡EL PRÓXIMO DOMINGO ES EL DÍA DEL PADRE!». Así que su esposa lo siguió al interior del local.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una joven dependienta.

Pero Henry Willoughby la ignoró, porque había varios estantes en la parte frontal de la tienda con una etiqueta que decía «TARJETAS PARA EL DÍA DEL PADRE». Se encaminó hacia allí.

—No quiero que salgan perros ni gatos —murmuró—. Flores..., tal vez.

Se puso a ojear la selección. La dependienta permaneció en las proximidades. Finalmente, el señor Willoughby se dio la vuelta hacia ella.

—Necesito una que no esté dirigida al padre, sino que sea de parte del padre —explicó.

La señora Willoughby metió baza:

—Estamos a punto de reunirnos con nuestros hijos después de muchos años —explicó.

—¡Vaya! —exclamó la dependienta—. ¿No es encantador? Así que necesitan una tarjeta a la inversa. A ver que piense... Tenemos unas preciosas tarjetas en blanco. Podría ser la solución, ya que podrían escribir en ella su propio mensaje. ¿O quizá una tarjeta de

agradecimiento?

—¿Por qué deberíamos darles las gracias? ¿Por esperarnos? ¿Por no gastarse todo nuestro dinero? —inquirió la señora Willoughby—. ¡Crucemos los dedos!

—¿Tiene alguna tarjeta de disculpa? —preguntó el señor Willoughby. Aún se sentía triste por Jane.

—Deje que lo mire —respondió la dependienta.

—¿Y por casualidad no tendrá por aquí algo comestible? Estoy hambrienta —dijo la señora Willoughby—. Por ejemplo, ¿una caja de dulces?

La dependienta pegó un respingo. Se enderezó y se llevó un dedo a los labios.

—Chsss —dijo—. No tan alto.

—¿Qué ocurre? ¿Es que está prohibido tener hambre?

—No es eso —repuso la dependienta—. Me refiero a la última palabra de su frase. No la diga tan alto.

—Tenga —dijo el señor Willoughby, entregándole una tarjeta con una imagen de un caballo—. Esta servirá. ¿Y a qué se refiere? Mi mujer ha dicho «dulces».

—Chssss —susurró la dependienta—. Ya saben que es ilegal. Yo en su lugar bajaría la voz.

—¿Dulces? ¿Decir la palabra «dulces» es ilegal?

La dependienta hizo una mueca y señaló con la cabeza hacia el mostrador donde estaba la caja registradora.

—Antes los teníamos ahí. A la gente le entra hambre cuando se va de tiendas. Así que compraban un montón de «cosas de esas» por impulso. Vendíamos Conguitos y Lacasitos a tutiplén. Pero ahora estamos pensando qué ofertar en ese espacio. Pasas, tal vez. O tiras de cecina.

La señora Willoughby soltó un quejido y se retorció las manos.

—¿Los Conguitos son ilegales? —exclamó—. Oh, Henry, ¡tendríamos que habernos quedado en Suiza!

—Chssss —chistó la dependienta, nerviosa—. Por favor, ¡que nadie le oiga decir «Oh, Henry»[21]!

---

[19] En 1966, el presidente Lyndon Johnson proclamó el tercer domingo de junio como el día en honor de los padres. El Día del Padre se convirtió en un festivo nacional permanente cuando Richard Nixon lo refrendó con una ley en 1972.

[20] *Padres e hijos*, de Iván Turguénev. *Los enigmas del padre Brown*, de G. K. Chesterton. Y *Mi papá y yo*, de Mercer Mayer.

[21] *Oh Henry!* es el nombre de una famosa chocolatina con trocitos de cacahuete. Durante un tiempo fue tan popular que, cada vez que el jugador de béisbol Henry Rodríguez anotaba un *home run*, sus seguidores arrojaban chocolatinas *Oh Henry!* al terreno de juego.

14

Al mismo tiempo, a pocas manzanas de distancia, en la casita con los postigos recién pintados de azul, la señora Póbrez estaba pintando unos letreros, utilizando las ceras de su hija Winifred. En ellos ponía: «B&B». Probó varios diseños, aunque ninguno le quedó demasiado bien. El papel estaba medio rasgado y había un manchurrón en el punto donde se le partió una cera en mitad de una letra. Para disimularlo, dibujó una flor. Después añadió más detalles, confiando en atraer a turistas y veraneantes.

B&B
¡CAMA! ¡RETRETE!
¡AGUA CORRIENTE!

ABIERTO
TODOS LOS DÍAS

LLAMEN
AL TIMBRE
suele funcionar

Tras clavar el letrero al poste de la valla, ante la fachada, se sentó a esperar a que llegaran los clientes. Al ver que no aparecía nadie al cabo de media hora, volvió a salir, descolgó el letrero, lo metió en casa y añadió un nuevo detalle que creyó que podría ser definitivo.

—Listo —dijo, satisfecha con el resultado. Volvió a clavar el letrero al poste de la valla.

B&B
¡CAMA! ¡RETRETE!
¡AGUA CORRIENTE!
¡Y PAPEL HIGIÉNICO!

ABIERTO

TODOS LOS DÍAS

LLAMEN
AL TIMBRE
suele funcionar

Entonces volvió a entrar en casa. Esta vez se preparó una taza de té, sintiéndose un poco culpable por haber utilizado una bolsita nueva. Después se sentó junto a la ventana a esperar.

15

La señora Póbrez, amorrada a una taza de té, aguardaba la llegada de viajeros necesitados de cobijo, aunque sus hijos no estaban en casa para acompañarla en la espera. Winston y Winifred habían decidido ir a la casa de al lado, la mansión Melanoff, para pedir trabajo.

Estaban un poco nerviosos. Aunque hablaban con Richie a través de la valla, y a veces se aventuraban en su jardín para jugar, nunca habían entrado en su majestuoso hogar.

—¿Llamamos al timbre o a la puerta? —le preguntó Winston a su hermana.

Se encontraban ante la entrada de la mansión. La enorme puerta tallada tenía un llamador de latón pulido. Pero también había un timbre.

—Llama a la puerta —dijo Winifred, tras meditarlo.

—No, llama tú —repuso Winston.

Winifred tragó saliva, después alargó el brazo y dio un golpecito muy suave con el llamador.

—Más fuerte —le indicó Winston.

Así que su hermana inspiró hondo y llamó con fuerza, dos veces, a la puerta.

Al rato, cuando estaban a punto de dar media vuelta para irse a casa, la aparatosa puerta se abrió. Ante ellos apareció un señor alto que tenía un gesto afable y los miraba con curiosidad. Por detrás de él se atisbaba un amplio vestíbulo en penumbra, rota tan solo por unos focos que iluminaban un enorme retrato con marco dorado. Divisaron a Richie entre las sombras.

—Hola, Richie —lo llamó Winston.

El niño meneó los dedos con timidez, a modo de saludo.

—Hola, Richie —repitió Winifred, y el niño volvió a saludar.

—Ya veo que conocéis a mi hijo —dijo el señor—. ¿Richie? Ven a presentarme a tus amigos.

Richie se acercó y se situó al lado de su padre, pero bajó la mirada al suelo.

—No sé cómo se llaman —confesó.

—Vaya. Eso habrá que remediarlo. —El señor miró a la pareja que se encontraba en el porche y añadió—: ¿Podéis presentaros?

Winifred torció el gesto, porque en la escuela habían recibido una clase acerca de cómo presentarse. Pero ahora no recordaba si había que decir «Me gustaría que conocieran a...» o si era mejor «Es un placer presentarles a...». Sea como sea, no habría sido capaz de pronunciar ninguna de esas frases, porque se había puesto colorada y se había quedado muda. Le dio un codazo a su hermano para que respondiera por ella.

—Somos los hermanos Póbrez, vivimos en la casa de al lado —dijo Winston, educadamente.

—¿Los hermanos pobres? ¿De la casa de al lado? —El padre de Richie oteó el jardín y miró hacia la verja que separaba su mansión de la casita de esos niños.

—Bueno, sí, somos pobres, pero esa palabra es un adjetivo en minúscula. Nuestro apellido tiene una «P» mayúscula. Póbrez. A veces ocurre que tienes un nombre que te describe a la perfección, como le ocurre a su hijo, que se llama Richie[22]...

Winifred le arreó otro codazo y su hermano cerró el pico. El señor soltó una carcajada agridulce.

—En fin —dijo—, ya comprobaréis que todo puede cambiar en un instante.

—Son mis amigos, papá —dijo Richie, nervioso.

El señor alto suspiró.

—Me alegro de conoceros, hermanos Póbrez. Hace tiempo conocí a una mujer que se apellidaba Sastra —añadió—. ¿Y sabéis qué? Era...

—¡Sastra! —exclamó Winifred, entusiasmada, olvidando su rubor y su timidez.

—Pues no —repuso el señor—. Era alfarera. Pero podría haber sido sastra, ¿verdad?

Su hijo dio un paso al frente con avidez.

—¿Y si te apellidaras Corredor y fueras corredor de verdad? ¡Como un campeón de ciclismo! ¡Yo tengo una bici! ¡Es una Shimano Ultegra 6800 con veintidós velocidades, equipada con unas ruedas profesionales Vuelta XRP!

El padre rodeó al niño con un brazo y dijo:

—Chssss. —Luego se giró hacia los hermanos Póbrez y añadió—: A Richie le puede el entusiasmo.

—¡Y la tristeza! —interrumpió Richie, abatido—. ¡A veces me puede la tristeza, papá! Porque no tengo a nadie con quien montar en bici. —Suspiró, después añadió en voz baja—: Tiene radios aerodinámicos y rodamientos de precisión.

Winston inspiró hondo.

—En realidad, señor —dijo—, ese es el motivo por el que mi

hermana y yo hemos venido. Somos pobres, como ya le he explicado, y...

Winifred tomó el relevo:

—Y nuestro padre está en Alaska, vendiendo enciclopedias. Al menos, esperamos que las esté vendiendo, porque necesitamos el dinero. Y es posible que también esté buscando oro en su tiempo libre. Pero no sabemos cuándo volverá, porque tiene problemas anímicos y de... ¿Qué era lo otro, Winston?

—Embriaguez ocasional —susurró Winston.

—Ah, sí. Pero es buena persona. Lo echamos mucho de menos. —Winifred hizo una pausa—. Lo siento. Me estoy poniendo en plan Marmee —murmuró.

El padre de Richie pareció desconcertado.

—¿Estáis intentando venderme algo? Hace poco le compramos galletitas a una *girl scout* y ahora andamos algo justos de dinero, pero supongo que siempre podríamos comprar un par de cajas más.

—No, señor —dijo Winston—. Hemos venido a buscar trabajo.

—Como canguros —explicó Winifred—. Ya sé que Richie no es un bebé. Pero podríamos, no sé, ser sus acompañantes o algo así.

—Porque se siente solo —añadió Winston.

El padre de Richie pegó un respingo. Luego miró a su hijo.

—¿Es eso cierto, Richie? —preguntó—. ¿Te sientes solo? En tu último cumpleaños te regalamos... ¿Cómo se llamaba?

—Un robot explorador articulado —respondió Richie—. Tiene un ligerísimo armazón de aluminio y un revestimiento de plástico moldeado por inyección que le proporciona un robusto exoesqueleto.

—¿Y no te hace compañía? —le preguntó su padre.

—A ver —dijo Richie—, sus sensores táctiles encastrados en la superficie responden a diferentes estímulos, como una palmada en la cabeza. Y las articulaciones de sus extremidades son tan precisas que es capaz de recoger y sujetar objetos con las manos. —Richie suspiró, antes de añadir—: Pero no, papá, no me hace demasiada compañía.

El niño permaneció quieto junto a su padre, con la cabeza gacha. Después susurró:

—Me siento solo.

El señor alto acarició brevemente la coronilla de su hijo. Después miró a los hermanos Póbrez.

—¿Queréis pasar? —preguntó—. Seguro que podremos llegar a un acuerdo, aunque, si esperáis tener un salario alto, me temo que...

Dejó la frase inacabada mientras miraba al exterior. Después sujetó la puerta, para que los niños pudieran pasar a ese vestíbulo ornamentado y de techos altos, sin dejar de otear la calle. Los

hermanos Póbrez esperaron con Richie junto a la larga y enmoquetada escalinata que trazaba una curva hacia el piso de arriba. Mientras, el padre de Richie le dijo a alguien desde la puerta:

—¿Puedo ayudarles? ¿Se han perdido?

Al parecer, la respuesta fue negativa. El padre se encogió de hombros, cerró la puerta y devolvió su atención a los niños.

Los guio a través del amplio pasillo, dejando atrás la escalinata. Hizo una breve pausa delante del retrato iluminado.

—Es mi madre adoptiva —murmuró, señalando el retrato de una mujer de rostro severo ataviada con unas manoplas de horno—. La niñera —añadió con solemnidad—. La niñera y el comandante Melanoff me adoptaron —les explicó a los hermanos Póbrez—, después de perder a mis padres biológicos cuando tenía doce años.

—¿Los perdió? —preguntó Winifred—. ¿Se refiere a que no recuerda dónde los puso?

—No, no —dijo el padre de Richie—. Fue en un trágico accidente en los Alpes.

Volvió a dirigir una reverencia al retrato pintado al óleo, después dio media vuelta y guio a los niños hacia el salón.

Richie les susurró una explicación más detallada a los Póbrez:

—No hicieron caso de las recomendaciones —dijo—. Se fueron a hacer alpinismo en sandalias y pantalones cortos, y compraron material de escalada, pero lo utilizaron mal. Se pusieron los crampones en la cabeza y luego se quedaron congelados. Mi padre me llevó a verlos una vez, a través de un telescopio. Tuvimos que esperar cola. Y después nos tomamos un chocolate caliente.

Richie se giró hacia su padre.

—¿Verdad que sí, papá? ¿Recuerdas que tomamos chocolate?

—¿Qué? —El padre de Richie había abierto la puerta del salón—. Perdona, hijo —añadió—, me temo que no estaba prestando atención. Estaba distraído porque antes de cerrar la puerta vi a una pareja extraña que se estaba aproximando a la entrada de la casita de al lado. —Se giró hacia Winifred y Winston—. Me pareció entender que vivís allí, ¿verdad?

—Sí —respondió Winifred—. Es una casa muy pequeña, pero mi hermano acaba de pintar los postigos.

—Los he visto. ¡De un azul precioso! El caso es que se dirigían a vuestra casa. La mujer iba cojeando, y los dos vestían con unas prendas feísimas de color marrón. El señor parecía enfadado por algo. ¿Se os ocurre quiénes pueden ser? ¿Esperabais visita?

Winston y Winifred negaron con la cabeza.

—El caso es que me resultaron familiares, como si los conociera de

algo.

De nuevo, Winston y Winifred negaron con la cabeza.

—En fin, no hay que darle más vueltas. ¡Eso no me incumbe!

Su hijo y él entraron a la elegante estancia y les hicieron un gesto a Winston y a Winifred para que los siguieran. Los niños contemplaron con asombro los enormes cuadros de las paredes, las gruesas cortinas de terciopelo, el reluciente piano de cola y las suaves tonalidades de la alfombra persa. El padre de Richie señaló hacia uno de los cuadros.

—Es un Holbein[23] original —explicó—. Voy a tener que venderlo.

Se quedó pensativo unos instantes. Después añadió:

—¡Huy! ¡Cuánto lo siento! —exclamó—. No puedo dejar de pensar en esa extraña pareja. ¡Y ni siquiera me he presentado! Soy el padre de Richie. Aunque supongo que eso ya lo habréis deducido. Me llamo Tim Willoughby. Mis hermanos y yo decidimos conservar nuestro apellido original después de que nos adoptaran, porque es lo único que nos quedó de nuestros padres. Y además era el apellido que aparecía en las cuentas bancarias.

Les tendió la mano y los Póbrez se la estrecharon con solemnidad, uno después del otro.

—Nosotros somos Win y Win —murmuraron los hermanos Póbrez a modo de presentación, pero también porque sospechaban que se habían apuntado una victoria[24].

---

[22] *Rich* en inglés significa «rico», de ahí el juego de palabras con el nombre de Richie. (N. del T.)

[23] Hans Holbein el Joven, un pintor alemán del siglo XVI. Lo llamaban el Joven porque, ¡sorpresa!, también hubo un Hans Holbein el Viejo.

[24] Otro juego de palabras, esta vez con el verbo *win*, que significa «ganar». (N. del T.)

16

—¡Tendría que haber buscado mejor mis gafas! ¡Me apuesto lo que sea a que estaban ahí, tiradas en la nieve! —protestó el señor Willoughby, enfurruñado.

Se había inclinado hacia delante, con los ojos achinados, para leer el letrero del poste de la valla.

—¿Puedes leer esto, Frances? Y, por cierto, en esa postura pareces un flamenco[25].

Su mujer estaba puesta a la pata coja porque se estaba sujetando el pie de la ampolla para aliviar el dolor.

—Hay personas a las que les encantan los flamencos —murmuró, y pegó un par de brincos para acercarse a leer el letrero.

—Pone B&B, en letras grandes —le explicó a su marido—. No sé qué significa eso.

—¿Bebidas y bocadillos? A lo mejor es una especie de taberna —aventuró Henry Willoughby.

—No, no veo ningún aparcamiento. Si fuera una taberna, tendría uno.

—Lee la letra pequeña, haz el favor. Porras, ojalá tuviera mis gafas.

Su esposa se inclinó hacia delante.

—Pone «cama» —le explicó.

—¿Cama y...? ¿Qué significará la segunda «B»?

—Aquí solo habla de un retrete.

—Pues menuda idiotez —dijo Henry Willoughby—. ¿Por qué no ponen la palabra entera y punto? En fin. Cama y retrete. Ahora mismo, eso suena bastante apetecible. De hecho, necesito ir al baño.

—¿Llamamos al timbre? El letrero dice que suele funcionar.

Su marido no respondió. Ya se había encaminado hacia la puerta de la casita. Rezagada junto a la valla, Frances Willoughby intentó volver a arremeter el pie hinchado en el zapato, que se le había caído. Finalmente, se rindió y echó a caminar de medio lado para alcanzarlo, cargando con el zapato. Antes de que el señor Willoughby pulsara el timbre, le dijo a su mujer en voz baja:

—Si nos preguntan nuestro nombre, voy a utilizar un seudónimo. No sabemos quién regentará este sitio.

Su mujer asintió, entonces él llamó al timbre.

Dentro, la señora Póbrez había estado observando desde la ventana. Primero humedeció una esquina de su mandil para limpiar una pequeña porción del cristal. Después se asomó y examinó a la pareja que se encontraba ante la puerta. Regentar un B&B la había puesto nerviosa. ¿Y si unos delincuentes querían una habitación para utilizarla como escondite? O..., cielo santo, no quería ni pensar en la gente horripilante que podría presentarse ante su puerta. ¿Veganos? *¿Hippies?* ¿Políticos?

«Sé fuerte —se dijo—. Y amable. Ponte en plan Marmee».

Aquel matrimonio parecía normal y corriente. Aburrido, incluso. Prendas marrones, rostros malhumorados, peinados horteras. Decidió abrir la puerta.

—Buenas tardes. —El hombre que estaba al otro lado la saludó con una voz áspera y beligerante—. Espero y deseo que la segunda «B» signifique «baño».

—¿La segunda «B»? —La señora Póbrez no entendió lo que quería decir.

—¿Dónde está? El retrete, quiero decir.

La señora Póbrez se hizo a un lado para dejarlo pasar, señaló hacia el cuarto de baño y observó al recién llegado con desconcierto mientras entraba.

—Disculpe —dijo la mujer, que se había quedado en el umbral—. Es aún peor cuando tiene que ir en mitad de la noche. Ya sabe cómo son los hombres.

—No —respondió la señora Póbrez, apenada—. Hubo un tiempo en que sabía cómo eran, pero mi querido esposo lleva mucho tiempo fuera de casa, en busca de posibles compradores para sus enciclopedias desactualizadas. Creo que ahora está en Alaska. Y no ha podido enviarnos nada de dinero. Por eso estamos en la indigencia y he abierto este B&B.

—Ya que lo menciona —dijo la señora Willoughby—, espero que la segunda «B» sea de «botiquín». Necesito una tirita urgentemente.

—Pase, por favor —dijo la señora Póbrez.

La señora Willoughby, que seguía con el zapato en la mano, entró dando saltitos y pensó que, si su marido no se hubiera ido al baño, seguramente habría dicho que parecía un canguro. Siguió a la señora Póbrez hasta la cocina e hizo amago de sentarse en una silla.

—¡Espere! —exclamó la anfitriona—. Tome esta otra silla. Esa tiene una pata coja y a veces le da por tirar a la gente al suelo.

La señora Willoughby se sentó con cuidado en la segunda silla, que también resultaba un poco inestable, ya que cada pata parecía tener una longitud diferente. Pero se acomodó con cuidado y finalmente se

relajó. Fue un alivio no tener que caminar más, aunque —tal y como comprobó al mirar a su alrededor— se encontrara en una estancia acogedora, pero bastante destartalada. El único adorno era un dibujo pintado con ceras y pegado con celo a la pared.

La señora Póbrez se puso a rebuscar en un cajón.

—¡Ajá! —exclamó al cabo de un rato—. ¡Una tirita!

La cogió, se acercó a la señora Willoughby y añadió:

—Muéstreme la zona dolorida.

La señora Willoughby señaló la ampolla y torció un poco el gesto mientras la señora Póbrez colocaba cuidadosamente la tirita encima y la presionaba para fijarla.

—Espero que se pegue —murmuró la señora Póbrez—. Ya está usada.

—¿Usada?

—No podemos permitirnos tiritas nuevas cada vez. La frugalidad es una virtud. —La señora Póbrez sonrió con dulzura—. Siempre se lo digo a mis hijos. Ellos dicen que me pongo en plan Marmee, pero yo creo que es cierto, que la gente debería ser ahorrativa siempre, incluso con las tiritas.

La señora Willoughby aún no había pensado una respuesta cuando su marido apareció en la cocina.

—¡Cama y baño! —exclamó—. Gracias al cielo. Bien, ¿dónde está la cama? Necesito una siesta.

—Se la enseñaré enseguida —dijo la señora Póbrez—. Pero esto es un negocio y debo proceder como se hace en los negocios. Para empezar, debo anotar sus nombres y deberán abonarme veinticinco dólares.

La señora Póbrez encontró un trocito de lápiz en el mismo cajón donde estaba la tirita. Después sacó una servilleta de papel arrugada del cubo de la basura y la alisó con la mano.

—Sus nombres —dijo.

—Somos el señor y la señora... eh... Henry Frances.

La señora Póbrez lo anotó en la servilleta.

—Esta será su factura —explicó—. ¿Cuántas noches piensan quedarse?

—Solo una, creo. Estamos buscando a unos parientes que viven en esta calle. ¿No conocerá a alguien que se apellide Willoughby? ¿Y que vive en una mansión? Me ha parecido ver una al lado de su casa.

—Así es —dijo la señora Póbrez—. Tiene treinta y siete ventanas. Allí vive un multimillonario, pero me temo que no sé cómo se llama. Nunca me ha invitado a su casa. Aunque, si lo hiciera, no tendría nada que ponerme. Solo tengo este vestido deshilachado.

—¡Sé cómo se siente! —exclamó Frances Willoughby—. A nosotros nos dieron ropa usada cuando salimos de Suiza. ¡Este espantoso vestido marrón! ¡Qué ofensa!

La señora Póbrez alzó la cabeza.

—¿Quiere decir que ustedes también son pobres?

—¡No, por supuesto que no! —replicó Henry Willoughby.

—Nos hemos quedado sin fondos temporalmente por motivos muy complicados —explicó su mujer—. En cuanto encontremos a nuestros vástagos..., nuestros herederos..., nuestros... ¡Jolín, no sé cómo llamarlos!

—Llámalos Tim, Barnaby A, Barnaby B... —repuso su marido, con voz afectada—. Y..., ay, cielos. —Se sorbió la nariz, hasta serenarse—. Jane.

—Un momento. ¿Van a poder pagar esta factura? —La señora Póbrez sostuvo en alto la maltrecha servilleta en la que había estado escribiendo—. Porque, sintiéndolo mucho, me temo que no podré enseñarles su habitación hasta que no la hayan abonado en su totalidad.

En el fondo, estaba encantada de que hubieran confundido la segunda «B» con el baño, porque eso significaba que no esperarían —ni sabrían que tenían derecho a ello— un desayuno. Podría ahorrarse el puñado de pasas que planeaba añadir a la papilla grumosa del día siguiente.

—Pagaremos —refunfuñó el señor Willoughby—. La embajada estadounidense accedió al fin a darme dólares a cambio de mis francos suizos, pese a que estaban manchados y empapados. Creo que lo hicieron para librarse de mí.

—Yo me quedé los míos —dijo la señora Willoughby, dando unas palmaditas en su bolso empapado—. Aún los tengo. Pero están cubiertos de moho.

—Siempre igual: tú nunca tiras nada —replicó su marido. Se dio la vuelta hacia la señora Póbrez, se sacó la cartera del bolsillo y extrajo varios billetes—. Tome. ¿Ha dicho que eran veinticinco dólares?

—En realidad, son veintiséis —dijo la señora Póbrez, que le entregó la factura que acababa de redactar.

—¿Un dólar adicional por «atención médica de urgencia»? —preguntó el señor Willoughby, tras leer lo que había escrito.

—Por el pie de su mujer.

—¿El qué de mi mujer?

—Tengo una ampolla muy gorda, Henry —le recordó la señora Willoughby. Estaba de pie, con la pierna en alto.

—¿Te he dicho ya que pareces un flamenco? —murmuró el señor

Willoughby. Después, frunciendo el ceño, se puso a contar el dinero.

—Por cierto —añadió, dirigiéndose a la señora Póbrez—, no hay toallas en el baño. Vamos a necesitarlas.

—Ah. Espere un momento. —Le cogió la factura y añadió algo—. Ahora serán veintiocho dólares. Por las toallas.

El señor Willoughby se puso rojo como un tomate. Su esposa lo identificó como una señal de que estaba a punto de explotar.

—Paga y punto, Henry —le ordenó.

El señor Willoughby dejó el dinero sobre la mesa de la cocina y luego siguió a su esposa hasta el dormitorio. La señora Póbrez añadió algo desde la cocina:

—¡El papel higiénico es gratis! —exclamó con generosidad.

Cuando el matrimonio cerró la puerta del cuarto, la anfitriona soltó un enorme suspiro. Se sintió orgullosa de sí misma. Había actuado como una mujer de negocios, en vez de ponerse lastimera en plan Marmee. Y sus huéspedes parecían buena gente. Ojalá hubiera podido dejarles chocolatinas sobre la almohada. Ah, pero los tiempos de las chocolatinas habían pasado a la historia. Ahora tomar dulces era un delito.

---

[25] Los flamencos suelen sostenerse sobre una pata, con la otra flexionada. Existen diversas teorías acerca de por qué lo hacen, pero lo cierto es que los científicos no tienen ni idea. (¿Y si tuvieran una ampolla en el otro pie, como la señora Willoughby? Ja, ja).

17

Winston y Winifred confiaban en que los padres de Richie los invitaran a cenar, pero no fue así. La madre entró en el salón y se presentó, pero no tardó en volver a marcharse. Al cabo de un rato, Richie los guio por la inmensa escalinata y les enseñó su habitación, que además de contar con una cama enorme estaba repletas de sillas, sofás y ropa, y tenía un cuarto de juegos adyacente, donde se quedaron patidifusos ante la cantidad de juguetes que contenía. Pero Richie bostezó mientras señalaba unos y otros y describía los diferentes juegos y artilugios.

—Podríamos venir a jugar a diario, Richie —propuso Winston.

—Vale. —Richie echó un vistazo al cuarto—. Pero ¿a qué podríamos jugar? Me he aburrido de todo esto.

—Al parchís o a lo que sea. Deberíamos hablar de ello. Durante la cena, por ejemplo —sugirió Winifred—. Tengo un poco de hambre.

A Richie se le iluminó el rostro.

—Vale, me parece buena idea —dijo—. ¿Vamos a vuestra casa?

—Hoy no —repuso Winston—. Ya te invitaremos a cenar en otra ocasión. Tu padre dijo que vio a alguien yendo a nuestra casa. Así que supongo que nuestra madre tiene invitados.

—Sí —añadió Winifred—. Y seguro que preferirá que nos quitemos de en medio. Me pregunto dónde podríamos ir a cenar.

Miró con picardía a Richie, que estaba examinando el libreto de instrucciones que venía con un juego que estaba a medio desenvolver.

—Tiene pinta de ser un rollo —dijo Richie.

—Ya falta muy poco para la hora de cenar —dijo Winston, alzando la voz—. Creo que lo mejor será olvidarnos de eso un rato, Richie, y pensar en comer. Me pregunto qué tendrá tu familia para cenar.

—Entrecot, seguramente. Menudo rollo —dijo el niño.

Winston y Winifred se quedaron mudos. ¿Un entrecot? Conocían su existencia, pero nunca habían probado uno. En su casa, la cena solía consistir en un guiso aguado. Su madre los había aleccionado para no preguntar qué ingredientes llevaba. En una ocasión, cuando su gato, Rabanito, desapareció en plena noche, Winston se quedó mirando un tropezón que había en su cuchara y murmuró consternado:

—¿Rabanito?

Pero su madre puso cara de espanto y replicó:

—Por supuesto que no. Es nabo.

Poco tiempo después, Rabanito reapareció, entró por la puerta y vomitó un puñado de hierba y plumas de pájaro sobre el suelo de la cocina. La mancha seguía allí.

—¿En tu casa tomáis postre? —preguntó Winifred, al rato.

—Sí —respondió Richie, encogiéndose de hombros—. Algún pastel anodino, normalmente. O una tarta.

Winifred y Winston soltaron un gemido. Permanecieron expectantes. Pero Richie seguía sin invitarlos a cenar. Finalmente, Winifred suspiró y dijo:

—En fin, deberíamos irnos ya. Hasta mañana, Richie. Tu padre nos dijo que viniéramos un rato cada día.

—Está bien —dijo Richie. Se dio la vuelta y, con cara de aburrimiento, se dispuso a terminar de abrir el paquete que contenía aquel juego nuevo. Entonces hizo una pausa repentina y exclamó—: ¡Un momento! ¿Qué es eso?

Estaba contemplando con interés el pequeño objeto que Winston se había sacado del bolsillo. Winston lo miró y se lo explicó, avergonzado:

—Solo es un ridículo coche de juguete. Está roto. Lo tiraré a la basura en cuanto llegue a casa.

—¿Puedo verlo? —preguntó Richie.

Winston le dio el maltrecho juguete.

—Lo talló mi padre y me lo regaló hace mucho tiempo —explicó—. Pero luego se fue de casa y ahora no sabemos dónde está. En Alaska, seguramente. El cochecito se rompió y, como mi padre no está, pues...

Richie lo examinó e hizo girar las tres ruedas con el dedo, una por una.

—Le falta una rueda —dijo.

—Lo sé. Como te he dicho, voy a tirarlo a la ba...

—¿Crees que podríamos fabricar una? —preguntó Richie. Parecía entusiasmado con la idea—. ¿Una rueda nueva?

Winston frunció el ceño.

—Bueno, sí, si tuviéramos las herramientas apropiadas, supongo que sí.

—¡Aquí hay herramientas! —exclamó Richie—. ¡Mi padre tiene un juego completo de herramientas de Leroy Merlin! ¡Y no las hemos utilizado nunca!

—¿Qué es Leroy Merlin? —le susurró Winifred a su hermano.

—No tengo ni idea —respondió Winston, encogiéndose de hombros.

Richie, al que nunca habían visto tan animado, salió corriendo de la habitación y llamó a gritos a sus padres desde la larga escalinata:

—¿Papá? ¿Mamá? ¿Mis amigos pueden quedarse a cenar?

18

De regreso en la casita de al lado, la señora Póbrez, al enterarse de que sus hijos iban a cenar fuera, les ofreció a sus huéspedes del B&B, a cambio de un pequeño pago adicional, la ración que les correspondía de aquel guiso de carne misterioso. Aunque no lo llamó así, claro. En vez de eso, dijo:

—¿Les apetecería cenar conmigo? Tengo un suculento *bourguignon* de ternera.

Hace mucho tiempo, la señora Póbrez estudió francés en el instituto. Dieron una lección dedicada a la cocina y los alimentos, y aún recordaba cosas como *coq au vin* y *boeuf bourguignon*. Ya no sabía qué eran exactamente[26], pero los pronunciaba de maravilla.

Era la primera vez que tenía invitados, pero sabía cómo parecer sofisticada. En el cubo de la basura encontró el tarro de cristal que contenía las cebollitas hervidas que había añadido al guiso. Lo fregó para quitarle el tufo a cebolla, lo llenó de agua y salió a la calle a coger flores para crear un centro de mesa. Los rododendros pertenecían al jardín de los vecinos, pero alargó el brazo a través de la valla y pudo arrancar unos cuantos. También había un matojo de lirios silvestres en la esquina, debajo de una señal de *stop*. No fue difícil llevarse un puñado.

Pero cuando se dispuso a colocar las flores en el tarro de cristal, vio que no cabían. Había demasiadas. No pasa nada. Metió los capullos —de color blanco y carmesí, una combinación encantadora, pensó la señora Póbrez— y desechó las hojas. «Umm —pensó, mientras las miraba—: son verdes». ¿No había una norma no escrita, relativa a las comidas en grupo, que dice que a los invitados hay que ofrecerles cosas verdes de comer? Decidió utilizar las hojas para preparar una ensalada.

En la mansión de la parcela contigua, Tim Willoughby, el padre de Richie, contempló la suntuosa cena servida en el comedor y se le saltaron las lágrimas. Estaba abrumado por la certeza de que todos esos lujos no tardarían en desaparecer. (En ese preciso instante, los camiones de su empresa se dirigían desde diversos rincones del país hacia el enorme vertedero ubicado en el desierto que había sido designado como la «zona de quema de dulces». Ya había varias

hogueras encendidas, y en los alrededores el ambiente olía a caramelo, a menta y a dulce de azúcar con mantequilla). Sonrió con tristeza a sus dos jóvenes invitados y les hizo pasar al salón, donde había una fuente de carne asada sobre una mesa de caoba. Había servilletas de lino, sujetas por una anilla, repartidas en cada asiento. Había velas en unos candelabros de plata, que titilaron. La madre de Richie, empleando una cuchara y un tenedor de plata, se puso a remover una ensalada preparada con hojas de *radicchio* y lechuga romana en un elegante cuenco de madera.

Al mismo tiempo, en la pequeña cocina de la casa de al lado, la señora Póbrez sacó de la basura unas rodajas de limón exprimidas, que sobraron del intento de té que se tomó durante el almuerzo. Las exprimió una vez más, extrayendo las últimas gotitas de zumo de limón, y después lo mezcló con un chorrito de aceite de oliva utilizando un tenedor doblado. Vertió la mezcla sobre las hojas de rododendro y lirio silvestre en un cuenco sucio y agrietado, dando forma a la ensalada que planeaba servir a Henry y a Frances Willoughby.

Preparar esa ensalada fue una idea nefasta. Tendría que haber prestado más atención en las clases de botánica del instituto. La señora Póbrez no sabía, no recordaba o nunca aprendió que esas dos plantas eran muy, pero que muy venenosas[27].

---

[26] En realidad, se trata de pollo cocinado con vino y ternera cocinada con vino. A los franceses les gusta cocinar de esa manera.

[27] El primer registro escrito sobre los rododendros se remite al siglo IV a.C. en Grecia, cuando diez mil soldados se envenenaron con la miel de un *Rhododendron luteum*. ¿Y el lirio silvestre? Contiene unos veinte glucósidos venenosos, entre los que se incluyen la convalatoxina, la convalarina, la convalamarina y las saponinas.

19

En su habitación (en realidad, era la habitación de la señora Póbrez, pero eso ellos no lo sabían, claro), los señores Willoughby repasaron la situación y se pusieron a hacer planes. Asomado al único ventanuco del cuarto (una de las seis ventanas de la casita, tal y como había recalcado Winifred muchas veces), Henry Willoughby dijo de repente:

—Tiene que ser esa.

—¿El qué tiene que ser? —preguntó su mujer.

—¿Qué eres, un loro? Siempre repites lo que digo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Graaa! —exclamó, imitando a un loro.

El señor Willoughby la ignoró.

—Me refería a que la casa de al lado, la mansión, tiene que ser la misma en la que vive ese tal Willoughby. ¿Recuerdas lo que dijo ese chaval que vive en nuestra antigua casa? Dijo que alguien que se apellida Willoughby vive en una mansión. En esta misma calle. Esa es la única mansión de la zona. ¡Tiene que ser esa!

—Podemos llamar al timbre y averiguarlo —sugirió su esposa—. Aunque yo iré en calcetines. No pienso volver a ponerme esos zapatos.

Su marido frunció el ceño.

—Tengo hambre. Esa mujer, la que nos ha cobrado de más por la habitación, dijo que nos daría de cenar. Bueno, «dar» no es la palabra correcta. Va a cobrarnos por cenar. Y seguro que a un precio desorbitado. En fin, vamos a llenar la barriga, después echaremos un sueñecito y mañana iremos a llamar al timbre de esa mansión.

Aquello tenía lógica, pensó su esposa. Ella también estaba hambrienta. En el fondo se alegraron de que la señora Póbrez los hubiera invitado, pues no sabían dónde encontrar un restaurante —el barrio había cambiado mucho en los últimos treinta años—, y, en cualquier caso, ya estaban hartos de tanto paseo. No iban precisamente con sus mejores galas. La señora Willoughby se había puesto unos calcetines gruesos y caminaba descalza, porque no quería ni pensar en volver a introducir sus doloridos pies en esos tacones tan pequeños que le habían hecho ampollas. Su marido tenía una barba de varios días, porque en el baño no había agua caliente y no pudo afeitarse, pese a que en la embajada les proporcionaron productos

básicos de higiene: cepillos de dientes, peines y una cuchilla.

—Oye, si no recuerdo mal —le dijo Frances Willoughby a Henry Willoughby, suspirando—, antes éramos gente elegante, ¿verdad?

El señor Willoughby alzó la cabeza e interrumpió su tarea. Estaba intentando limpiar las manchas que se le habían acumulado en la camisa: de café, de pasta de dientes y de una sustancia que no logró identificar.

—Yo sí —respondió—. No recuerdo que tú lo fueras.

La señora Willoughby torció el gesto.

—Yo tenía ese vestido tan bonito que me ponía en vacaciones —le recordó.

—Tenía demasiados volantes —replicó su marido—. Y unas plumas decorativas. Con él puesto, parecías un pavo real.

—Habla, chucho, que no te escucho —replicó ella, con un mohín, pero su marido no la estaba escuchando—. Y por cierto, te hace falta un corte de pelo. Y un afeitado. Te ha salido pelusilla y estás muy desaliñado. Así pareces más viejo.

El señor Willoughby miró a su esposa con el ceño fruncido, irritado.

—Tenías que mencionar eso, ¿eh?

—¿El qué?

—Lo de nuestra edad. Esperaba olvidarme de ese extraño problema.

Entonces, ella se acordó.

—¡Somos muy jóvenes! —exclamó—. ¡Más que toda la gente a la que conocíamos antes de irnos a Suiza! Y ellos ahora son viejos, ¡ja!

—Ya, pero nuestros hijos...

—No quiero pensar en ellos —replicó la señora Willoughby.

—Pero es que... —insistió su esposo.

Sin embargo, la señora Willoughby se tapó los oídos y se puso a canturrear: «La, la, la».

El señor Willoughby desistió de intentar hablar de sus hijos, aunque ahora los recordaba con cariño. La pequeña Jane tenía una sonrisa encantadora. Y el mayor, Tim, era un muchacho muy gallardo, un líder innato que a menudo hablaba en nombre de sus hermanos cuando querían algo: comida, por ejemplo, pijamas limpios o que les cambiaran el agua de la bañera. ¡Y los gemelos! Había sido injusto con ellos, ahora se daba cuenta, al obligarles a compartir el mismo nombre y un único jersey. Deberían haber tenido uno para cada uno. Ay, ¡qué malos padres habían sido! El señor Willoughby se enjugó las lágrimas.

—En fin —dijo al rato, ya más sereno—, vamos a cenar. Con suerte será a la luz de las velas y nadie se fijará en nuestro aspecto.

Sin embargo, cuando llegaron a la cocina de los Póbrez, vieron que no había ninguna vela. La tenue luz provenía de una bombilla que

colgaba del techo, balanceándose. Pegado a la pared, un frigorífico con óxido alrededor de la manija resollaba como si estuviera agonizando. Había platos de diferentes tamaños distribuidos en tres asientos. En el centro de la mesa había un enorme cuenco de ensalada, y el estofado burbujeaba en una cazuela puesta al fuego.

—Si pudiera permitirme un microondas, habría podido calentar el estofado mucho más rápido —comentó la señora Póbrez—. Es una de las cosas que compraremos, cuando Ben vuelva a casa con los bolsillos llenos.

—¿Qué es un microondas? —le susurró la señora Willoughby a su marido.

Pero él tampoco lo sabía. Se encogió de hombros y murmuró:

—Será algún cachivache moderno.

Los dos observaron a su anfitriona, mientras removía el guiso con un cucharón alargado. No parecía muy apetitoso. Pero estaban hambrientos.

—¿Qué tal si voy sirviendo la ensalada? —dijo el señor Willoughby, que alargó el brazo hacia el centro de la mesa, donde se encontraba aquel cuenco repleto de hierbajos.

20

En ese preciso momento, los hermanos Póbrez estaban maravillados con su cena. ¡Varios platos! De primero, sopa. En su casa, la sopa era un plato habitual, pero siempre era el principal y consistía en las sobras del guiso de la noche anterior aderezadas con un chorro de agua. Pero allí, en la mansión donde Richie vivía con sus padres, el primer plato que sirvió una criada era una sopa densa y deliciosa, presentada en cuencos de porcelana con el borde dorado. ¡Y con cucharas especiales para sopa! Los hermanos Póbrez tuvieron que prestar mucha atención para saber qué utensilio emplear, ya que había varios cubiertos de plata alineados en cada asiento.

—¡Qué rica! —exclamó Winston, tras la primera cucharada.

—Es crema de hongos silvestres —dijo la madre de Richie.

—Si coges los hongos que no debes, te puedes cargar a alguien —explicó Richie—. Así fue como murió el Rey de los Elefantes en el cuento de Babar. Se comió un shiitake tóxico.

Después añadió:

—Tengo toda la colección de cuentos de Babar. Primeras ediciones. Después de cenar os enseñaré mi cuarto de lectura.

—¿Y qué pasa con estos hongos? —preguntó Winifred. De repente se puso un poco nerviosa, pese a que la sopa estaba riquísima.

—No te preocupes —la reconfortó Ruth Willoughby—. Son comestibles. De hecho, Tim y yo hemos estudiado a fondo los hongos[28]. Los que hay en la crema son colmenillas y chantarelas.

—Ojalá pudiera estudiar cosas interesantes como las setas —dijo Winifred. Ya más tranquila, terminó de comerse la sopa—. Algo aparte de la lectura y la aritmética —añadió.

—Mi hermana es muy buena estudiante —explicó Winston—, pero se aburre un poco en el colegio.

—Elige un tema —le propuso Richie—, después iremos a mi cuarto de lectura a buscar libros al respecto. Tengo libros sobre cualquier cosa que te puedas imaginar. Te los puedo prestar para que te los lleves a casa.

—¿Tienes libros de geología? —preguntó Winifred—. Eso me interesa mucho.

—Cuenta con ello —respondió Richie.

La puerta se abrió y la criada emergió de la cocina. Se desplazó alrededor de la mesa, retirando sin hacer ruido los cuencos de sopa vacíos.

El padre de Richie dio unos golpecitos en su vaso para llamar la atención de todos.

—Antes de servir la carne asada —anunció—, me gustaría proponer un pequeño brindis.

—A mi padre le encantan los brindis —susurró Richie a los hermanos Póbrez—. A veces no hay quien lo calle.

—¡Por nuestros encantadores invitados, Winifred y Winston! —exclamó el señor Willoughby—. Es un placer teneros aquí. ¡Brindemos por vuestra amistad con Richie!

Winifred y Winston sonrieron educadamente y se prepararon para echar mano de sus tenedores. La carne asada olía a gloria.

—¡Y brindemos por mi encantadora esposa! —añadió Tim Willoughby.

La madre de Richie sonrió con cariño a su esposo.

—Brindemos también por mi padre adoptivo, el comandante Melanoff, que hoy está cenando en sus aposentos, debido en primer lugar a su avanzada edad. ¡Noventa y siete añazos! —Todos murmuraron con admiración—. Y, en segundo lugar, porque se siente comprensiblemente desolado por el reciente revés que ha sufrido la industria de la confitería.

—¿Qué significa eso? —le susurró Winston a Richie.

Richie se encogió de hombros. No tenía ni idea.

—Y brindemos por el Otro Barnaby —prosiguió Tim, con voz solemne—. Hagamos un minuto de silencio en su honor.

—¿Se refiere a alguien que ha muerto? —le susurró Winifred a Richie.

—No —respondió el niño—. Guarda silencio. Chsss.

Todos se quedaron callados un rato, incluso Winston y Winifred, aunque no sabían por qué.

El Otro Barnaby era el hijo del comandante Melanoff, que, curiosamente, se llamaba igual que los gemelos Willoughby. Aunque, en su caso el nombre de Barnaby iba seguido del apelativo «Júnior». Hace tiempo fue presidente de la empresa familiar. Tuvieron un acalorado debate por un nuevo dulce que iba a llamarse Mentolados Júnior en su honor. Sin embargo, al final decidió meterse a monje y ahora vivía retirado en un monasterio al oeste de Massachussets, donde era conocido como el Hermano Barnaby.

Sosteniendo todavía el vaso en alto, Tim Willoughby prosiguió:

—¡Y en memoria de nuestra querida niñera! ¡Qué mujer tan

maravillosa y qué fantástica cocinera!

—A continuación, recitaré uno de los poemas de mi padre —añadió Tim—. «Había una vez una mujer llamada niñera...».

Su esposa lo interrumpió:

—No, Tim. No recites el poema picantón delante de los invitados —le reprendió.

Richie, riendo, se inclinó hacia los hermanos Póbrez.

—Es un poema sobre su trasero —susurró.

Tim Willoughby suspiró.

—Está bien, no les importunaremos con el poema. Niños, ¿queréis proponer cada uno un brindis, por favor?

Richie alzó su vaso.

—¡Por mis nuevos amigos! —exclamó.

Todos se quedaron mirando a los hermanos Póbrez. Finalmente, Winifred alzó su vaso y dijo:

—¡Por mi padre! ¡Ojalá sus viajes concluyan pronto!

Ya solo quedaba Winston.

—Pues... ¡Por mi gato, Rabanito! —dijo, al cabo de un rato.

—¿Tenéis un gato? —exclamó Richie—. ¡Yo quiero uno! ¿Por qué no puedo tener un...?

—¡Todos a cenar! —exclamó su padre, que empezó a servir la carne.

---

[28] Los expertos en setas se llaman «micólogos». Y las setas más venenosas se llaman *Amanita*. Ni se te ocurra probar una.

21

En la casa de al lado, en la cocina de los Póbrez, la señora Willoughby soltó de repente el tenedor.

—No me encuentro bien —anunció.

—Estás un poco pálida —dijo su marido—. Eso no te favorece nada.

—Habla, chucho, que no te... —replicó ella, pero dejó la frase a medias—. Disculpadme —añadió con aflicción, antes de correr hacia el baño.

—¿Qué narices le pasa? —exclamó su marido. Entonces, se agarró el estómago, se encogió y vomitó encima del gato.

La señora Póbrez, que no había probado la ensalada, miró a su alrededor, consternada.

Regentar un B&B no estaba resultando muy divertido, que digamos.

22

El timbre de la mansión Melanoff sonó poco después de que sirvieran el postre (¡tartaleta de fresas!). Los hermanos Póbrez habían oído hablar de ella, pero nunca habían visto una... y mucho menos la habían probado. La criada colocó el último plato en la mesa y después acudió rauda a abrir. Pero regresó enseguida.

—Es una mujer muy alterada —le dijo al padre de Richie en voz baja.

—Ay, porras —se lamentó Tim Willoughby—. ¿Cree que nos arruinará el postre si le hacemos pasar para que averigüemos qué quiere?

—Nada puede arruinar una tartaleta de fresas, señor —respondió la sirvienta—. Iré a buscarla.

Winifred y Winston se quedaron sorprendidos cuando su madre apareció en el umbral, retorciéndose las manos.

—Soy la señora Póbrez, la vecina de al lado —le dijo al señor Willoughby con voz trémula—. Soy su madre. —Señaló a los dos niños.

—No se preocupe por ellos —dijo la madre de Richie—. Se están portando de maravilla.

—Y mira esto, madre... ¡Estamos comiendo tartaleta de fresas! —exclamó Winifred.

—¿Quiere que le sirva una ración? Hay de sobra —propuso la madre de Richie.

—¡No! Es decir, ahora no. ¡En otro momento, me encantaría! ¡Pero ahora mismo tengo una emergencia! Y no tengo teléfono... ¡Soy muy pobre!

Winston se dispuso a explicarlo:

—Nuestro apellido es Póbrez, pero es que además somos pobres. Es lo mismo que pasa con su hijo, que se llama Richie y es...

—Chsss —le chistó Winifred.

—Nosotros sí tenemos teléfono —anunció Richie—. De hecho, tenemos varios. Contamos con un novedoso sistema de telefonía Grandstream GXP con puertos de red de un gigabit. El sistema incluye los siguientes idiomas: árabe, chino, croata, checo, holandés, inglés...

—No necesita saber eso, Richie —replicó su padre con suavidad.

—Francés, alemán, hebreo, húngaro, italiano... —Richie no podía parar.

—¿En qué consiste la emergencia, señora Póbrez? ¿Quiere que llamemos al 911?

—¡Sí! Tengo huéspedes en mi casa. Es decir, en mi B&B. Y, de repente, en mitad de la cena...

Richie la interrumpió:

—Japonés, coreano, polaco, portugués...

—Debe de ser esa pareja que vi desde la ventana —dijo Tim Willoughby—. Me resultaron familiares. ¿Cómo se llaman? Creo que los he visto en alguna ocasión.

—Se llaman... se llaman..., eh... —La señora Póbrez estrujó con nerviosismo el bajo de su mandil sucio—. Son el señor y la señora Henry, me parece. O el señor y la señora Frances. No me acuerdo. Uno de esos dos. Pero eso es lo de menos, porque ahora mismo los dos están desmayados en el suelo de mi casa. ¡Y el gato! ¡Tendrían que ver lo que le ha pasado al gato!

—Ruso, esloveno, español, turco. Y eso es todo. —Richie alzó la cabeza, sonriendo.

—Ay, cielos, ¿el gato está bien? —preguntó la madre de Richie.

—Supongo, pero tendrá que darse un baño. ¡Y detesta bañarse! Está completamente cubierto de...

—Cuenta con desvío de llamadas, llamada en espera, transferencia de llamadas, identificación de llamadas y buzón de voz —enumeró Richie.

Su padre había salido al pasillo y estaba llamando al 911.

—Siéntese, señora Póbrez. Tome un poco de tartaleta de fresas —le ofreció la madre de Richie con cortesía.

—¡La ambulancia está de camino! —anunció el padre de Richie cuando regresó.

Su esposa le sirvió una ración de postre a la señora Póbrez.

—¿Nata montada? —le ofreció.

—No habrán vomitado en mi cama, ¿verdad? —le susurró Winifred a su madre, alarmada.

—Por todas partes —respondió la señora Póbrez—. No se ha librado nada. —Después se giró hacia la madre de Richie—. Sí, nata montada, por favor.

—¿Tienen diarrea? —preguntó Winston—. Normalmente, cuando te da un...

La señora Póbrez asintió y hundió la cabeza entre las manos.

—Sí. Es una catástrofe —sollozó.

Después alzó la cabeza, miró el postre que tenía delante, hundió un

dedo en la nata montada, la probó y dijo:

—Qué rica.

—Os ofrecería unas chocolatinas con menta —dijo el señor Willoughby, dirigiéndose a los comensales—, pero, como ya sabréis, las chocolatinas ahora son... —Titubeó y contuvo unas lágrimas—. De hecho, todos los dulces son... Ay, porras, esto es un desastre monumental. Nuestra fortuna dependía de... Y ahora...

El señor Willoughby hundió la cabeza entre las manos.

Afuera, desde lejos, se oyeron unas sirenas que anunciaron la llegada de las ambulancias.

23

El pobre Ben Póbrez seguía recorriendo a duras penas el oeste de Canadá, ralentizado por el peso de su mochila y de su tristeza. Echaba de menos a sus hijos. Lamentaba las cuatrocientas tres malas decisiones que había tomado en su vida[29].

Pensó vagamente en cambiarse el apellido, quizá por el de Rico. Pero acabado en «ez», igual que Póbrez. Ríquez. Sin embargo, no le convenció cómo sonaba. Y también debía pensar en su esposa. Aunque se llamaba Patricia, a menudo la llamaban Trish. Todo junto sonaría fatal: ¿Trish Ríquez?

En cualquier caso, pensó, el apellido Póbrez tenía un pasado ilustre. Uno de sus abuelos había sido profesor de no sé qué. Y un tío suyo fue quiropráctico.

Él también podría ser alguien ilustre. Si lograra vender esas puñeteras enciclopedias... A lo mejor en el siguiente pueblo: Prince George. Seguro que habría alguien en Prince George deseoso de instruirse e informarse, pensó.

Por detrás de él, en la carretera vacía, oyó el leve sonido de un motor. Un coche o una camioneta se estaba acercando. Inspiró hondo, se recolocó la mochila, trató de adoptar un gesto agradable y nada amenazante, y extendió el pulgar.

---

[29] Patear a ese perro en Akron, Ohio, fue la número 345. Tenía una lista. Fumarse un cigarro cuando tenía trece años era la número 106.

24

En el hospital, varios equipos de médicos atendieron a la pareja traída en ambulancia desde la casa donde se desmayaron. Les administraron suero, esteroides, antibióticos, rayos X, resonancias, electrocardiogramas, glucosa, biopsias y todo lo que se les ocurrió[30]. Entretanto, en el despacho de administración del hospital, se había montado un gran revuelo.

—Esto no tiene sentido —dijo el director del hospital. Cogió una de las dos carteras que estaban encima de su mesa—. Los dos tienen tarjetas médicas, pero la empresa aseguradora dice que no ha oído hablar de ellos.

—Y yo he llamado a la dirección que viene en sus carnés de conducir —dijo la ayudante de administración del hospital—. Es una casa muy bonita, paso por delante de ella en coche de camino al trabajo. Pero la mujer que respondió dijo que se apellida O'Leary y que su familia vive allí desde hace años. Nunca ha oído hablar de los... ¿Cómo decías que se llamaban? —Cogió una cartera, miró el carné de identidad y añadió—: Los Willoughby.

—Tienen tarjetas de crédito —dijo la secretaria—. Pero todas expiraron hace años. Llamé al número de Mastercard, pero me tomaron por loca. Y, no, no piensan abonar la factura del hospital.

El administrador jefe se dirigió al joven técnico que condujo la ambulancia:

—Vuelve a explicar dónde los encontrasteis.

El técnico repitió la dirección.

—Es una casita muy extraña. Es tan diminuta que yo ni siquiera diría que es una casa. Los postigos se pintaron hace poco de un azul muy bonito, y se nota que, en circunstancias normales, cuando nadie ha vomitado por todas partes, está muy ordenada. Pero hay un sombrero de paja colgado de la puerta. Y el frigorífico hace un ruido chirriante (eeegg, eeegg, eeegg), como si tuviera una afección pulmonar.

—¿Y es la casa del matrimonio?

—No. La mujer que vive allí, una tal señora Póbrez, dijo que eran sus huéspedes. Pero apenas los conocía. Ni siquiera estaba segura de cómo se llamaban.

—En el carné de conducir pone que son los Willoughby.

—Lo sé. Pero la señora Póbrez asegura que le dijeron otro nombre. Un alias, supongo.

Había un agente de policía junto a la puerta, escuchando. Hasta entonces no había prestado demasiada atención, porque no se trataba de un homicidio o un robo, que eran las cosas que le interesaban. Pero entonces se irguió y avanzó un paso.

—¿Alias? —exclamó—. ¿Alguien ha dicho «alias»? ¡Ese es mi departamento!

Se sacó una libreta del bolsillo, anotó «ALIAS» en letras grandotas y aguardó, atento, a que le dieran más información.

—Y hay un problema —prosiguió el técnico de ambulancias.

—Ese sí que es mi departamento —dijo el agente de policía, que tomó nota: «PROBLEMA ».

—La cuestión —explicó el técnico— es que según la FDN...

—¿Qué significa FDN? —preguntó el agente de policía, con el lápiz en posición.

—Fecha de nacimiento.

El policía lo anotó.

—De acuerdo con la FDN de los carnés —prosiguió el técnico—, esa gente debería tener sesenta y tantos años. Casi setenta.

—No son septuagenarios. Ni mucho menos. —El joven médico que había visto a la pareja en la sala de urgencias dio un paso al frente.

—No, son mucho más jóvenes —coincidió el técnico—. Yo les echo treinta y tantos años, como mucho.

En su escritorio, la secretaria pulsó unas cuantas teclas en el ordenador.

—Voy a buscarlos en Google —dijo—. Decidme otra vez sus nombres.

El administrador cogió las carteras.

—Willoughby —dijo, tras revisar la primera—. Henry y... —Abrió la segunda cartera—. Aquí hay unos billetes empapados. Parece dinero extranjero. Aquí está el nombre: Frances.

Todos estaban expectantes. La secretaria tecleó los nombres. Tras una pausa, alzó la mirada, con los ojos como platos.

—Ostras —exclamó—. ¡He encontrado una esquela! ¡Están muertos! ¡Los dos!

—¿Muertos? —repitió el policía, que se puso a escribir en su libreta —. ¡Ese sí que es mi departamento! ¡Vaya que sí!

—¡No están muertos! Los dos tienen pulso —replicó el técnico—. Yo mismo se lo tomé. Y también les medí la tensión.

La secretaria leyó lo que ponía en la pantalla:

—Murieron en Suiza. A causa de un accidente haciendo escalada.

—Yo subí al monte Washington en una ocasión —dijo el ayudante de administración—. El que está en Nuevo Hampshire. Pero era mucho más joven.

—¿A quién le importa eso? —replicó su jefe—. ¿Qué más pone? —añadió, dirigiéndose a su secretaria.

—Esto es rarísimo. —La secretaria alzó la cabeza, desconcertada—. El accidente se produjo hace treinta años.

En ese momento, se abrió la puerta del despacho y entró un hombre ataviado con una bata blanca.

—Siento interrumpir —dijo—. Pero he pensado que deberían tener esta información.

Le entregó al administrador una carpetilla con un montón de papeles.

—Soy de Patología[31] —explicó.

—Deletree eso —dijo el agente de policía, que escuchó atentamente la respuesta. Después añadió «PATOLOGÍA» a su libreta.

—Hemos estado examinando estas muestras en el laboratorio —añadió el patólogo—. Son de esa pareja a la que hicieron una biopsia en urgencias.

—Henry y Frances Willoughby —dijo la secretaria—. Acabo de buscarlos en Google y...

—Estuvieron congelados.

—Eso es lo que dice la esquela —explicó la secretaria, que seguía mirando la pantalla de su ordenador—. Congelados como carámbanos de hielo. Llevaban ropa inadecuada, y la temperatura era...

El administrador la interrumpió. Se dio la vuelta hacia el patólogo.

—¿Quiere decir que tomó el material de la biopsia y lo congeló para preparar las muestras para el microscopio?

—No, me refiero a que...

—Aguarden —dijo el policía—. Estoy tomando notas. ¿Congelados, dicen? ¿Como en la peli de *Frozen*? A mi hija le encanta. Siempre está cantando: «¡Suéltaloooo...!». —Y comenzó a canturrear.

El patólogo lo interrumpió:

—¿Haría el favor de callarse? —dijo—. Lo que quiero decir es que la estructura celular indica que los tejidos corporales estuvieron congelados mucho antes de que tomáramos las muestras. Hasta que, al cabo de un tiempo, se descongelaron.

Todos se quedaron en silencio.

—¿Esto lo cubrirá el seguro? —preguntó alguien.

---

[30] Ni se os ocurra probar nada de todo eso en casa.

[31] La patología es el estudio de los cambios en el tejido corporal producidos por las enfermedades. Los patólogos se pasan mucho tiempo mirando por un microscopio.

25

De vuelta en la mansión, una vez superado el nerviosismo inicial, los hermanos Póbrez y su madre se sirvieron una nueva ración de tartaleta de fresas. Más tarde, Winifred y Winston subieron al cuarto de juegos con Richie. El niño llevaba en la mano el coche de juguete roto.

—Ojalá tuviera un coche como este —murmuró.

—Pero, Richie, tienes un montonazo de coches de juguete —recalcó Winston—. Con batería, tallados a mano, que brillan en la oscuridad, por control remoto... Los tienes de todos los tipos. No necesitas otro coche. Además, este no tiene nada de especial. Solo es un cacharro cutre...

—Lo sé —dijo Richie, acariciando el juguete—, pero tu padre lo fabricó para ti.

Los hermanos Póbrez se quedaron callados. Esto es lo que estaban pensando: «Tu padre paga las facturas de todo lo que encargas. Te ha comprado todos esos juguetes». Pero sabían que no era lo mismo. Eso los entristeció.

Finalmente, Winifred dijo, para cambiar de tema:

—¿Podrías enseñarme tu cuarto de lectura, Richie?

El niño dejó cuidadosamente el coche roto en un estante de su cuarto de juegos y abrió una puerta que conducía a lo que parecía una biblioteca privada. Las paredes estaban cubiertas de estantes abarrotados de libros.

—Están ordenados alfabéticamente por categoría —explicó Richie—. Mi padre contrató a un bibliotecario para que lo hiciera. ¿Veis eso de allí? ¿Junto a la ventana? Es el apartado de no ficción: aeronáutica, animales y arquitectura.

Les enseñó la estancia, señalando las etiquetas de las diferentes categorías.

—¿Y si simplemente te apetece leer un cuento? —preguntó Winston—. A mí me gustan los cuentos.

—Allí, en la pared septentrional. Obras de ficción. Puedes elegir entre fantasía, ficción histórica, aventuras, realismo, humor o...

—¿Por qué alguien ha escrito PHS en algunos libros? —preguntó Winifred.

Richie se quedó pensativo un rato.

—Lo he olvidado. No, espera..., ahora me acuerdo. PHS significa «Puede herir sensibilidades». Se supone que debo preguntarle a mi madre antes de leer uno de esos.

—¿Por qué pone PHS en este? —Winston había cogido un libro al principio de la sección de no ficción. Se lo dio a Richie.

—Es un tratado sobre montañismo —explicó el niño.

—¿Y? ¿Por qué eso puede herir sensibilidades? En la «P» hay un libro sobre paracaidismo, pero en ese no pone PHS. A mí me parece que hacer paracaidismo da mucho más miedo que subir una montaña.

—¡Y aquí! —exclamó Winifred—. ¡En la «O»! Hay un libro sobre osos pardos, pero no pone PHS. Sin embargo, en la «H» hay un libro sobre huérfanos... ¡y ahí sí que lo pone! Estoy convencida de que los huérfanos no hieren tantas sensibilidades como los osos pardos. A mí los huérfanos no me hieren la sensibilidad, ni siquiera un poquito. ¿Por qué les habrán puesto un PHS?

—Ni idea. —Richie se encogió de hombros—. Nunca me había parado a pensarlo.

—Entonces, es un misterio. Y a mí me encantan los misterios —dijo Winston—. ¡Vamos a intentar resolverlo!

—¿Cómo? —Winifred y Richie se rieron, porque lo dijeron al mismo tiempo.

—Podemos empezar formando una pila con todos los libros PHS —propuso Winston—, así comprobaremos qué tienen en común.

—¡Sí! —exclamó Winifred.

Comenzó la pila enseguida, al colocar «Huérfanos» encima de «Montañismo» sobre la mesa que había en el centro de la habitación. Después alargó la mano hacia otro libro que tenía esa curiosa marca.

—Umm —dijo, mientras lo examinaba—. «Paternidad».

Lo añadió a la pequeña pila y alargó el brazo hacia el siguiente.

26

La señora Póbrez se fue a casa después del postre, cargada con un recipiente con las sobras que sus anfitriones habían tenido la generosidad de ofrecerle. Los dos huéspedes misteriosos del B&B se habían ido, a bordo de sendas ambulancias, pero habían dejado a su paso un estropicio tremendo. Incluso Rabanito, el gato, que era aficionado a los estropicios y solía provocar alguno de vez en cuando, había huido.

Les había propuesto a sus hijos que la acompañaran a casa y la ayudaran a limpiar. Incluso, les dijo, podían invitar a Richie. Así podrían trabajar en equipo. Pero los niños no se mostraron muy entusiasmados con la idea.

—Prefiero no hacerlo. No sé cómo se limpian las cosas —repuso Richie, educadamente—. No me ha hecho falta aprender. Tenemos criadas en casa.

—Y nosotros deberíamos quedarnos aquí —le dijo Winston—. Nos han contratado para ser los acompañantes de Richie.

—Sí, ¡y nos pagan por ello! —añadió Winifred—. Además, madre, seguro que me entrarían ganas de vomitar si tuviera que limpiar un vómito ajeno. Lo mejor será que lo hagas tú sola.

—En fin —repuso la señora Póbrez—, ¿seguro que os van a pagar?

Los niños asintieron.

—Un montón —dijo Winston, aunque no estaba seguro de eso. De hecho, el señor Willoughby acababa de decirle, con gran pesar, que pronto andarían cortos de dinero.

—En ese caso, supongo que deberíais quedaros. —resolvió su madre—. Pero no tardéis. Os quiero en casa a las... —Titubeó—. ¿Os pagan por horas? —preguntó.

—Sí —respondió Winston, de mentirijilla—. Por supuesto.

—Vale, entonces quedaos. Pero no más allá de medianoche. A no ser, claro está, que os paguen un plus por nocturnidad. En ese caso, creo que incluso podríais trabajar toda la noche. Pero no esperéis que os guarde algo de estas sobras —añadió, apilando cuidadosamente los recipientes con carne asada y tartaleta de fresas para poder llevárselos a casa—. Si luego os entra hambre, tenéis las sobras de la ensalada. Los huéspedes se desmayaron antes de poder terminársela.

De regreso en la cocina, la señora Póbrez miró a su alrededor y suspiró, después dejó las sobras en la encimera, al lado del frigorífico chirriante. Se puso el mandil, llenó un cubo con agua del fregadero, cogió la mopa y se dispuso a limpiar.

27

De vuelta en el cuarto de lectura, los tres niños prosiguieron con la inspección de los estantes.

—Dime dónde están los libros de geología, ¿vale? —dijo Winifred—. Me interesa mucho esa ciencia, así que me gustaría...

—¡Aquí hay otro PHS! —anunció Winston. Lo sumó a la pila de libros que estaban marcados con esas siglas.

—Y otro más —añadió Richie, que había encontrado uno en un estante de los de abajo, cerca de una esquina.

—No lo entiendo —dijo Winston, al rato, mientras contemplaba la pila—. ¿Seguro que significa eso, Richie? ¿«Puede herir sensibilidades»? —Cogió el libro que acababa de añadir y leyó el título—: *Criogenia.* ¿Y esto?

Winifred se rio.

—Seguro que ese significa «peñazo horrible y sosainas».

Pero Richie estaba convencido.

—No, seguro que significa lo que yo digo. Recuerdo cómo empezó. Cuando mis padres montaron el cuarto de lectura. Antes era mi cuarto de cuando era un bebé; había un caballo balancín y un oso de peluche enorme. Hicieron un pedido a una librería y vino un camión cargado de libros. Mi madre se puso a ordenarlos, pero no paró de toparse con libros que creyó que podrían disgustarme. Pensó en tirarlos, pero mi padre dijo que no, que había pagado mucho por ellos, así que decidieron guardarlos, pero con una marca especial. «Puede herir sensibilidades». Me dijeron que a lo mejor podría leerlos cuando fuera mayor.

—¡Mirad! Este se titula *El servicio postal suizo* —anunció Winston, tras sacar otro libro de la estantería—. ¿Y qué tiene eso de hiriente? ¿A quién podría importarle siquiera? ¿Se os ocurre una sola persona que esté interesada en el servicio postal suizo?

—Ni una sola —respondió su hermana.

—No —añadió Richie.

—A mí sí me interesa, en cierto modo —dijo alguien con voz grave—, pero prefiero no hablar de ello.

La puerta se abrió y apareció un señor apoyado en un bastón. Tenía el pelo blanco y llevaba puesto un albornoz.

—Tenéis ante vosotros a un hombre arruinado —anunció.

—¡Ostras! ¡Buenas noches, abuelo! —exclamó Richie, dando un respingo.

28

De vuelta en la sala de urgencias, el señor Willoughby abrió al fin los ojos. Giró la cabeza y miró a su esposa, que estaba tendida en una camilla cercana.

—Tienes el pelo hecho un desastre —le susurró—. Pareces un caniche.

La señora Willoughby giró la cabeza, a duras penas, y lo fulminó con la mirada.

—Rebota, rebota, que en tu... —replicó, después se quedó callada porque no tenía fuerzas y no lograba recordar cómo era el resto de la frase.

Una enfermera que estaba cerca se apresuró a tranquilizarla:

—No, querida, ¡no ha rebotado en ninguna parte! Solo padece una gastroenteritis severa y una taquicardia ventricular potencialmente letal.

Un médico que estaba recolocando el instrumental de una bandeja alzó la cabeza y añadió:

—El laboratorio halló treinta y ocho glucósidos cardíacos diferentes en sus células. La estructura básica de un glucósido cardíaco consiste en un esteroide, cuyo núcleo está formado por cuatro anillos fusionados. Otros grupos funcionales, tales como el metil, el hidroxilo y aldehído, pueden sumarse a esa molécula para influir en su actividad biológica.

El señor Willoughby alzó la cabeza ligeramente de la camilla y murmuró:

—Detesto a la gente que no habla en mi idioma.

—Recuéstate, cielo —le dijo la enfermera—. No querrás que se te suelte el esfigmomanómetro[32].

—El laboratorio también encontró grayanotoxinas —prosiguió el médico—, que son compuestos hidrofóbicos de bajo peso molecular, caracterizados a nivel estructural como diterpenos cíclicos polihidroxilados.

El señor Willoughby soltó un quejido.

—No les hagas caso, Frances —le dijo a su esposa—. No hablan nuestro idioma. Estamos en algún extraño país extranjero. En uno aún peor que Suiza.

—Puede buscar todo esto en Google cuando vuelva a casa —repuso el médico.

—¿En dónde dice? ¿En Google? ¿Eso es lo que ha dicho? ¿Qué es un *gúguel*?

El médico lo ignoró y dijo:

—Además, por lo visto se pasaron una buena temporada congelados.

—¡Eso ya lo sabíamos, don sabiondo! —replicó Frances Willoughby, muy irritada. Después metió una mano por debajo de la sábana para frotarse la ampolla del pie.

---

[32] Es el aparato que se utiliza para medir la tensión. ¿A que te encanta aprender palabras nuevas?

29

—¡Hasta mañana, Richie! —exclamaron los hermanos Póbrez.

Después regresaron a su casita para pasar la noche. Rabanito, el gato, emergió de entre los arbustos y corrió tras ellos al interior cuando abrieron la puerta. Encontraron a su madre en la mesa de la cocina, disfrutando de los últimos bocados de tartaleta. La mopa estaba en un rincón, chorreando dentro de un cubo de agua grisácea. Rabanito la olisqueó, pero se dio la vuelta asqueado.

—¿Los invitados están bien? —preguntó Winston.

La señora Póbrez se encogió de hombros.

—No tengo noticias suyas. Aunque pienso cobrarles un extra por la limpieza. Si sobreviven, claro.

—Pobre gente.

—No, no, ¡la pobre gente somos nosotros! No tenemos dinero suficiente, no hay comida en la nevera, no sabemos dónde está vuestro padre, no ha llamado nadie para hacer una reserva en el B&B y...

—Pero, madre, no tenemos teléfono —repuso Winifred—. ¿Cómo quieres que...?

—Ay, calla, querida. A veces tienes una voz muy chillona.

—Yo solo quería...

—Es hora de dormir —ordenó la señora Póbrez—. Meteos en la cama. Y, por cierto, no hay sábanas. Quedaron hechas un asco con tanta vomitona. Creo que voy a cobrarles de más por el servicio de lavandería. Puede que otros diez dólares.

Metió la mano en el cubo de basura para sacar una toallita de papel arrugada y comenzó a preparar una nueva factura.

—Unas sábanas limpias serían ideales para los siguientes huéspedes del B&B, madre —dijo Winifred—. Pero, sin teléfono, ¿cómo quieres que...?

—¿No has oído lo de meteros en la cama? No seas cansina.

Winifred suspiró.

—Vamos, Winston —le dijo a su hermano—. Será mejor que nos vayamos a dormir. Le prometimos a Richie que volveríamos mañana a primera hora.

Mientras los dos salían de la cocina, Winston le recordó algo a su hermana:

—Mira, nosotros también tenemos un cuarto de lectura. —Señaló hacia una puerta cerrada.

—Eso solo es un armario de almacenaje —replicó Winifred.

—Sí, pero es un armario grande. Y está abarrotado de...

—Sí, ya lo sé. De enciclopedias desactualizadas.

Los dos hermanos soltaron un gemido lastimero.

30

Cayó la tarde. Mientras los tres niños se entretenían en el cuarto de juegos, el padre de Richie estaba en el salón de la planta baja. Tim Willoughby tenía un despacho en la fábrica de dulces, pero casi nunca iba allí, porque la fábrica se dirigía sola. Estaba repleta de enormes máquinas de acero inoxidable que mezclaban, removían, sazonaban y comprimían los ingredientes, los cortaban en barritas y luego las pesaban y las medían. Etiquetas de colores brillantes, miles de ellas cada hora, emergían de un enorme artilugio y pasaban por la cinta transportadora hasta la máquina de etiquetado, justo cuando las cajas recién cargadas de dulces llegaban desde la dirección opuesta. Las etiquetas se pegaban en cada caja, después iban hasta el robot, que las colocaba bien apretaditas en unos palés enormes. Desde allí, los pesados palés se desplazaban lentamente hasta el muelle de carga, donde los recogían con los camiones. Uno después de otro, varios convoyes cargados con toda clase de dulces, incluido el exitoso Lametín, salían a diario de la fábrica y recorrían las autopistas hasta los supermercados, los multicines y los bazares donde se pondrían a la venta, a lo largo de Estados Unidos e incluso Canadá.

Normalmente, Tim Willoughby se tomaba un café y pasaba las páginas del periódico en busca de los últimos resultados del béisbol, mientras los camiones se ponían en marcha cada mañana. Tenía un teléfono al lado. De vez en cuando, lo llamaban para decirle que un camión había pinchado y que iba un poco retrasado. Otras veces le llegaban noticias, por vía telefónica, de algún premio que le habían concedido: «LOS NIÑOS DE DULUTH ELIGEN SU DULCE FAVORITO», por ejemplo, cuando los niños de esa ciudad de Minnesota eligieron el Lametín, cumpliendo todos los pronósticos. El portátil que tenía al otro lado mostraba una sucesión de vídeos: una tropa de *boy scouts* visitando la fábrica, con gorritos quirúrgicos para que no se cayera ni un solo pelo en la cuba con la mezcla; una entrevista con una anciana que celebraba su centenario en una residencia del Medio Oeste, donde contaba con una sonrisa que durante toda su vida adulta se había comido un Lametín al día; un empleado del mes que se puso a pegar brincos de alegría cuando le dijeron que tenía derecho a un sitio reservado en el aparcamiento, señalizado con un letrero especial:

«ESPACIO DULCE».

Pero, aquel día, no. Aquel día fue una sucesión de noticias nefastas. La bolsa había caído en picado. Las refinerías de azúcar informaron de grandes pérdidas debido a la prohibición de los dulces. La CIA alertaba de un incremento en el contrabando de chocolate a través de Centroamérica. Adolescentes rebeldes eran acusados de tenencia ilegal y salían en las noticias, cuando los juzgaban en tribunales de menores. Y Hollywood era un hervidero de planes para varias películas de terror plagadas de muertes por exceso de azúcar.

Casi todos los camiones de Confiterías Confederadas estaban regresando, ya vacíos, de la zona de quema en el desierto. La maquinaria de la fábrica se había quedado en silencio. Cuatrocientos trabajadores tuvieron que ser despedidos.

Tim Willoughby hojeó sus extractos bancarios con una desesperación creciente, mientras veía cómo se evaporaba su fortuna.

31

Uno de los camiones de la empresa se dirigía hacia el sur desde Anchorage, Alaska, en dirección a Prince George, en Canadá. Era un trayecto muy largo.

El conductor se detuvo a pasar la noche en un motel de Whitehorse. Después se pasó todo el día siguiente conduciendo y durmió la segunda noche en la cabina del camión. Ahora, por fin, estaba a punto de llegar al pequeño pueblo de Smithers. Solo le quedaban unos trescientos kilómetros por recorrer. Pero estaba cansado y aburrido, y necesitaba a alguien con quien conversar, para mantenerse despierto. Cuando vio a un autoestopista en la carretera, levantó el pie del acelerador y pisó el freno, reduciendo la marcha del vehículo hasta que se detuvo.

—¿Señor? —llamó al autoestopista—. ¿Le viene bien que lo lleve hasta Prince George?

—Desde luego —respondió el autoestopista.

—Esa mochila tiene pinta de pesar —comentó el conductor del camión.

Ben Póbrez se quitó la mochila de los hombros y la subió a la cabina del camión. A continuación se montó.

—No resulta tan pesada cuando está cargada con el conocimiento acumulado de varios siglos —le dijo al conductor—. Permítame que le hable de esta asombrosa enciclopedia.

32

—¿Querido? —La madre de Richie apareció por la puerta del salón.

—¿Sí? —respondió su marido, alzando la cabeza.

—Tengo al teléfono a alguien del hospital. Para hablar de la pareja que enfermó en la casa de al lado.

El padre de Richie suspiró, dejó a un lado aquel extracto bancario tan desolador y salió al pasillo, donde reposaba el teléfono sobre una mesita antigua con patas curvadas. Esperó que la llamada no durase demasiado. Estaba dispuesto a olvidarse de los malos datos bancarios durante un rato, porque le había prometido a su hijo, y a esos niños tan raros de la casa de al lado, que abriría el completísimo juego de herramientas que compró en una ocasión y que juntos repararían ese cochecito de juguete que por alguna razón parecía ser importante para Richie. Sería una distracción.

En el piso de arriba, los dos muchachos esperaron impacientes a que llegara el padre de Richie. Se habían aburrido del proyecto de los libros PHS, al no haber encontrado absolutamente nada que los relacionara entre sí. Que ellos supieran, los huérfanos no tenían nada que ver con un estudio sobre viajes en tren. Y el montañismo tampoco tenía nada que ver con el servicio postal suizo. Por su parte, Winifred había perdido interés en todo lo demás cuando se topó con un libro (sin la etiqueta PHS) sobre geología, su gran pasión. Estaba acurrucada en un asiento muy cómodo, leyendo sobre magnetitas, piritas y tetradimitas.

—¡Muy bien, chicos, vamos a empezar! —La puerta del cuarto de juegos se abrió y apareció el padre de Richie, cargado con una aparatosa caja—. Mirad: ¡traigo mi caja de herramientas de ochenta y nueve piezas! ¡No la había abierto hasta ahora! Disculpadme, quería decir «¡chicos y chica!» —añadió, al acordarse de Winifred.

—No pasa nada —dijo ella, alzando la mirada—. Yo prefiero quedarme aquí sentada, leyendo.

—Está bien. Avísanos si quieres apuntarte. Siento haberos hecho esperar, chicos. He recibido una extraña llamada de teléfono.

Dejó la caja en el suelo y los dos niños se lanzaron sobre ella para abrirla.

—¿Por qué ha sido una llamada extraña? —preguntó Winifred—. A mí me interesa mucho lo extraño. —Puso una señal en la página que estaba leyendo y dejó el libro de geología a un lado.

Tim Willoughby había cogido el cochecito roto y lo estaba examinando.

—Puede que tengamos que encargar una rueda nueva —dijo—. Dudo que haya alguna en mi caja de herramientas. —Entonces, miró a Winifred—. Verás, fue extraña porque...

—¡Qué guay! —exclamó Winston, inclinado sobre la enorme caja —. ¡Hay dieciocho tipos de llave inglesa!

—¡Y seis destornilladores! —añadió Richie, sosteniendo en alto dos de ellos—. ¡De todos los tamaños!

—Richie —dijo su padre—, enciende el ordenador a ver si encuentras una página donde encargar ruedas, ¿vale? Que no sean caras. Perdona —le dijo a Winifred—, me he distraído. La llamada era del director del hospital.

—¿Y eso es extraño?

—No, para nada. Dono un montón de dinero al hospital. Bueno, lo donaba. —Frunció el ceño un instante—. Supongo que esos días ya han pasado a la historia.

—Estamos arruinados —les susurró Richie a sus amigos, aunque seguía sin comprender el alcance de esa afirmación.

—La gente del hospital aún no conoce mis nuevas circunstancias, claro está. Así que el director me llama a menudo para preguntar si me gustaría que le pusieran mi nombre a un laboratorio, a una sala o a un pabellón entero. Ya cuentan con la Unidad de Traumatología Richie Willoughby. Doné los fondos cuando mi hijo se rompió un tobillo. Estábamos esquiando y Richie no prestó la suficiente atención al instructor. Se comió una curva en la pendiente intermedia.

—¡No fue culpa mía, papá! ¡Fueron esas malditas botas! —Richie se asomó desde su asiento, frente al ordenador.

—Eran las mejores botas del mercado, Richie. Armazón ultraligero con pivote reforzado de dieciocho milímetros. ¡Iban de maravilla con tus esquís!

—¡Pero es que yo no quería esos esquís! ¡Quería una tabla de *snowboard*!

Su padre volvió a girarse hacia Winifred.

—Y también cuentan con el Departamento de Atención al Huérfano Comandante Melanoff. Lo financié hace unos años y le puse el nombre de mi padre.

—¿Atención al huérfano?

Winifred se enderezó en su asiento. Winston y ella se miraron.

Había un libro sobre huérfanos en la pila que formaron en el cuarto de lectura.

—Mi mujer es huérfana. De hecho, yo también lo soy. Nos preocupa especialmente la situación de los huérfanos. Pero volviendo a la llamada de teléfono, fue rara porque...

—¡Mirad! ¡Hay una sierra para metales! —Winston seguía rebuscando en la enorme caja de herramientas.

Richie estaba navegando por páginas web donde vendían ruedas para coches de juguete.

—Winston, mide las ruedas para ver qué tamaño necesitamos —dijo.

—¿Te acuerdas de la pareja que necesitó atención médica urgente anoche? —prosiguió el padre, dirigiéndose a Winifred—. Estabas delante cuando vino tu madre y llamamos al 911.

—Por supuesto —asintió Winifred—. Por eso ayer no pude poner sábanas en mi cama. Vomitaron encima antes de desmayarse.

—Pues resulta que ya han salido de la unidad de cuidados intensivos. Les darán el alta médica en un par de días. Pero no han podido contactar con tu madre...

—No podemos permitirnos un teléfono —le explicó Winifred, apenada.

—Según parece —prosiguió el padre de Richie—, ese matrimonio no tiene hogar ni dinero alguno.

—A mi madre le pagaron por adelantado —dijo Winston, alzando la mirada de la caja de herramientas—. Me suena que le dieron veintiocho dólares.

—Pues por lo visto eso era lo único que tenían, a excepción de un fajo bastante abultado de francos suizos empapados en el monedero de la mujer.

—¿Y por eso la llamada fue extraña? ¿Por el dinero suizo? —preguntó Winifred.

—No. Eso es raro, desde luego. Pero lo que me resultó más extraño fue su apellido. Al parecer, no utilizaron su verdadero nombre cuando se registraron en la pensión de tu madre. Resulta que se apellidan Willoughby.

Richie seguía con el ordenador. Winston le había dicho el tamaño y él había encontrado la rueda apropiada. Pero la empresa no las vendía sueltas. Había que comprar dos docenas. Richie las añadió al carrito de la compra y estaba esperando a que su padre le diera los datos de la tarjeta de crédito. Pero entonces acaparó su atención la historia de los turistas hospitalizados.

—¡Tú te apellidas Willoughby, papá! ¡Y yo también! —exclamó.

—Así es —dijo Tim Willoughby—. Yo tenía doce años cuando me adoptó el comandante Melanoff, pero decidí conservar mi apellido. —Se dio la vuelta hacia Winifred—. Ya te he explicado que era huérfano, ¿verdad?

La niña asintió, aunque se estaba haciendo un lío tremendo.

—Toma —dijo Tim, dándole una tarjeta de crédito a Richie—. Esta todavía funciona. He cancelado las demás. Compra las ruedas más baratas que tengan.

Richie comenzó a teclear los números.

—Paga el suplemento para que lo entreguen mañana. No costará mucho más. Además, este será nuestro último pedido; deberíamos despedirnos a lo grande —le indicó su padre—. Mientras tanto, dejaremos el coche preparado. Lo lijaremos, lo pintaremos y engrasaremos los ejes. ¿Qué os parece?

—¡Genial! —exclamaron Winston y Richie.

—Y mañana, cuando lleguen las ruedas, le cambiaremos las cuatro y quedará como nuevo. ¡Mejor que nuevo!

—Como cuando tu padre lo talló para ti —le dijo Richie a Winston.

Winston asintió, cogió el coche y lo sostuvo sobre su corazón. Todos se quedaron un rato en silencio. De repente, el padre de Richie añadió:

—Hijo, siento no haber sido un padre mejor.

—No pasa nada, papá —le dijo Richie—. Me has comprado montones de cosas.

—No, sí que pasa. Voy a intentar mejorar. Lo que pasa es que..., en fin, ya os he dicho que yo era huérfano.

Los niños asintieron.

—Así que nunca tuve un padre genial en el que fijarme. Tuve uno durante una temporada, hasta los doce años, pero nunca le caí demasiado bien. Siempre me llamaba lelo. Me racaneaba la paga semanal. Y además... —Se interrumpió, porque se le había formado un nudo en la garganta.

—¿Qué va a pasar con la gente que vomitó en mis sábanas? —preguntó Winifred. Estaba intentando cambiar de tema, porque no le gustaba cuando la gente se ponía sentimental.

El padre de Richie se aclaró la garganta.

—Le dije al director del hospital que podían venir aquí. Tenemos espacio de sobra, al menos hasta que nos toque vender la casa. No supe qué otra cosa decirle.

—Además —musitó—, ¿no os parece rarísimo que se apelliden Willoughby?

33

«¡Qué poquito ha faltado!», pensó Ben Póbrez mientras se bajaba de la cabina del camión, a las afueras de Seattle. El conductor le tendió su pesada mochila y se marchó sin despedirse ni desearle buena suerte.

Aun así, ¡el conductor había estado a puntito de comprarle una enciclopedia! Ben había tenido varios cientos de kilómetros para ofrecerle su charla promocional, así que no hubo prisa, como solía pasar cuando alguien intentaba cerrarle la puerta en las narices. Aquel tipo le había escuchado, había mostrado interés, incluso le había preguntado por la financiación.

¿Cuándo se torció la cosa? Hizo memoria. Seguramente cuando pararon en una gasolinera, fueron al baño y compraron unos cafés malísimos. Había un merendero. Sí, la cosa se torció en una de esas mesas. El conductor, mientras escuchaba la perorata de Ben en la cabina, había mostrado un interés sincero. Así que, en el área de descanso, Ben vació su mochila y distribuyó los tomos en orden sobre los ásperos tablones de madera. Recordó que había una cagada de pájaro fosilizada en el borde de la mesa. Tras preguntar al conductor por su familia y verificar que tenía hijos, comenzó su perorata sobre la importancia del conocimiento, sobre que los niños sacarían mejores notas en el colegio si tenían acceso en casa a una...

El conductor lo interrumpió:

—¿Qué es eso? —preguntó.

Ben miró lo que le estaba señalando.

—Oh, solo son unas rocas de recuerdo para mis hijos. A la pequeña le interesa mucho la geología. Le envié por correo una caja llena, pero me he guardado estas para que me den suerte durante el camino a casa.

»Dedicaremos mucho tiempo juntos a leer el tomo de la «G». O quizá el de la «M», de minerales. ¿Qué me dice de sus hijos? ¿Qué aficiones tienen?

—¿Puedo verlas? —El conductor alargó la mano hacia las relucientes rocas estriadas y las examinó.

—¿Les gusta el deporte? Deje que le diga que hay una sección entera dedicada al deporte profesional. Mi hijo es hincha de los

Yankees. Pero eso da igual. Todos los equipos, todos, están aquí. Bueno, puede que no vengan los Rays ni los Diamondbacks. Esos son muy recientes.

—¿Tiene más? —preguntó el conductor.

—Encima, no. Estos son los tomos de muestra. Después de registrar su pedido y cobrar la señal, la empresa comienza a enviarlos, un volumen cada mes. Estos tomos están muy machacados porque viajo con ellos. No querrá quedarse con ellos. Los que recibirá estarán nuevecitos, se lo garantizo.

—Me refiero a las rocas.

—No. —Ben Póbrez alargó el brazo y cogió las piedras. Volvió a guardarlas en la mochila. Estaban distrayendo al conductor.

Pero, por más que lo intentó cuando reanudaron el viaje, no pudo volver a captar el interés del conductor. Por alguna razón, estaba fascinado con esos pedruscos.

—¿Sabe qué? Me debe el dinero de la gasolina —dijo de repente el conductor, mientras se aproximaban a la frontera de Canadá con EE.UU.—. ¿Qué le parece si me da esas rocas y quedamos en paz?

Ben Póbrez estuvo a punto de aceptar. Pero, en vez de eso, se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte dólares. Era casi todo el dinero que le quedaba después de aquel largo e infructuoso año.

—Tenga —dijo y se lo dio al conductor.

Pensó brevemente que podría ofrecerle las rocas como obsequio si el tipo compraba la enciclopedia. Pero cambió de idea. El conductor estaba empezando a ser pesado. Finalmente, el silencio entre ambos se volvió incómodo, ligeramente hostil. Tardaron un buen rato en cruzar la frontera hacia Estados Unidos. Ben intentó sin éxito venderle una enciclopedia al agente de aduanas. Finalmente, cuando estaban llegando a Seattle, le pidió al conductor que le dejara bajarse. No hacía falta, pensó, entrar en una gran ciudad. Se quedaría junto a la autopista, a las afueras, y confiaría en que alguien lo llevara hacia el este.

Sintió un extraño enfado con esas piedras. Le habían costado una venta. Metió una mano en la mochila, más allá de los libros, y las palpó en el fondo, donde reposaban sobre una capa de arena y gravilla. Pensó en arrojarlas por ahí. Traían mala suerte.

Pero en ese momento paró un coche a recogerlo. Ben se apresuró a cerrar la mochila y se montó en el asiento trasero, mientras se preguntaba si el matrimonio de mediana edad que iba delante estaría interesado en comprar un regalo maravilloso para sus nietos. Uno que estimularía su inteligencia.

34

Las ruedas del coche de juguete llegaron a la mañana siguiente, según lo prometido. Los hermanos Póbrez estaban en la mansión, con Richie, cuando la furgoneta de UPS aparcó en la entrada. Ahí estaban: unas relucientes ruedas negras de plástico, con tapacubos revestidos con pintura metalizada. Eran justo lo que necesitaban.

—¿Puedo hacerlo yo? ¿Puedo poner las ruedas nuevas? —Richie tenía en la mano el cochecito, que ya estaba lijado y pintado de un rojo muy vistoso.

—Es el coche de Winston, Richie —le recordó su padre.

El niño sostuvo el juguete con fuerza.

—Te lo cambio, Winston —propuso—. ¿Qué te parece? ¡Puedes quedarte con mi Lamborghini por control remoto!

Pero Winston negó con la cabeza.

—Lo siento. Es que me lo hizo mi padre. Empezó con un bloque de madera y talló la forma del coche. ¿Te acuerdas, Winifred?

Su hermana asintió.

—Se hizo un corte en el dedo. Quedó una manchita de sangre en el coche hasta que lo pintó. —Señaló la parte inferior del vehículo, donde estuvo la mancha.

—Por eso no puedo intercambiarlo. Mi padre quería que lo tuviera.

Winston alargó la mano hacia el coche y Richie se lo dio a regañadientes.

—¿Sabes qué, Richie? —dijo su padre—. Hemos tenido que comprar... ¿Cuántas eran? ¿Dos docenas de ruedas?

Richie asintió. Winston había dispuesto cuatro ruedas sobre la mesa y estaba empezando a atornillar la primera en el lateral derecho del eje frontal del coche. Cerca estaba el paquete abierto con las ruedas restantes, revestidas de poliuretano.

—¿Y cuántas nos quedan? ¡Un problema matemático!

Richie, Winifred y Winston soltaron un bufido, porque era facilísimo.

—¡Veinte! —respondieron a la vez.

—En ese caso, elige cuatro ruedas, Rich, busquemos un bloque de madera ¡y me pondré a tallar!

Richie soltó una risita.

—¡No se te dará bien, papá! —dijo—. ¡Ni siquiera tienes la cuchilla adecuada!

Su padre señaló hacia el ordenador de Richie.

—Mira a ver si encuentras una herramienta para tallar que no sea cara. Eso sí que será lo ultimísimo que compremos. Voy a cancelar mi última tarjeta de crédito.

—Yo os ayudaré —dijo de repente alguien, que tenía una voz grave.

Ahí estaba de nuevo el comandante Melanoff, junto a la puerta del cuarto de juegos. Esta vez iba vestido y peinado.

—¿Tú sabes tallar, abuelo? —preguntó Richie.

—¿Cómo crees que se crearon los dulces de Pascua originales? ¿Todos esos pollitos y conejitos de malvavisco? ¡Yo mismo tallé los primeros diseños, en el laboratorio que tenía en el piso de arriba! Recuerdo que me costó mucho perfilar las colas de los conejos. No es fácil tallar con malvavisco. Creo que habría sido más fácil si hubiera utilizado guirlache.

—Y pensar, comandante, que los niños de este país jamás volverán a probar un dulce —le recordó Tim Willoughby, con tristeza.

El comandante Melanoff no le estaba prestando atención. Estaba rememorando.

—Los tiempos del regaliz fueron los mejores —murmuró—. Unos segundos de silencio, por favor, en honor del Otro Barnaby. A él le chiflaba el Lametín.

Todos obedecieron y se quedaron callados. Winifred se preguntó si los dulces también serían ilegales en el monasterio. ¿Los monjes tendrían que cumplir tales leyes?

—Por aquel entonces, la niñera aún estaba entre nosotros —dijo el comandante Melanoff, al terminar el rato de silencio.

Se secó las lágrimas. Después, alzó la cabeza de repente.

—Se avecina un poema —anunció, y luego empezó a recitar:

Había una vez una mujer llamada niñera...

—Por favor, no recites el poema picantón, abuelo —dijo Richie.

El comandante Melanoff frunció brevemente el ceño y continuó:

Que esperábamos que se convirtiera en abuela...

El comandante hizo una pausa, sumido en sus pensamientos.

—Ay —suspiró—, me da tanta pena que no puedo seguir.

Richie, que seguía delante del ordenador, exclamó:

—¡Aquí! Herramientas para tallar en madera. ¡Y algunas vienen

con libro de instrucciones!

—Encarga las más baratas, hijo —dijo Tim Willoughby. Después se giró hacia su padre adoptivo, que se estaba secando las lágrimas con un pañuelo—. ¿Te encuentras bien, comandante?

El comandante Melanoff se sorbió la nariz.

—Creo que sí —dijo.

—Piense en el regaliz —sugirió Winifred.

Al anciano se le iluminó el rostro.

—Ah, qué tiempos tan maravillosos —dijo—. ¡Los tiempos del regaliz! Pero yo aún no había adoptado a Tim ni a sus hermanos. Me sentía tan solo en esta mansión... Mi hijo, el Otro Barnaby, era un muchacho muy callado e introvertido, y se había marchado a Europa con mi esposa. Y ella... Para ser sinceros, nunca me cayó demasiado bien. Era una mujer muy pejiguera. Me medía el pelo y, cuando estaba un milímetro más largo de la cuenta, insistía en que fuera a la peluquería porque eso la ponía muy nerviosa. Y lo etiquetaba todo, hasta mi ropa interior. Al final, se largó con un cartero y...

—¿Un cartero? —preguntó Richie—. ¿Como el señor Shaughnessy, que siempre lleva puestos los pantalones cortos del uniforme, incluso en invierno? A él también le chiflan las etiquetas. Dice que prefiere que la gente imprima las etiquetas con la dirección, porque así se leen mejor.

—No, no —explicó su abuelo—. No es el señor Shaughnessy. Seguramente no era más que un niño cuando pasó lo que os cuento. Aquello ocurrió hace más de treinta años. Y, en cualquier caso, mi esposa se largó con un cartero suizo. De hecho, era el jefe de correos. Se llamaba Hans, Fritz, o algo parecido.

—¡El sistema postal suizo! —exclamaron los hermanos Póbrez al unísono—. ¡Puede herir sensibilidades!

—Así es —dijo el comandante Melanoff—. Resultaba muy hiriente porque...

Pero entonces lo interrumpió el timbre de la puerta.

35

La señora Póbrez llamó al timbre de la mansión a última hora de la tarde. Se había peinado la melena y planchado el vestido, con la esperanza de que volvieran a invitarla a cenar y de que la tartaleta de fresas volviera a estar incluida en el menú.

Pero también tenía otro motivo para llamar al timbre.

—¡Necesito ver a mis queridos hijos! —exclamó cuando la madre de Richie acudió a abrir la puerta—. ¡Mire! —Le enseñó una postal—. ¡Tengo noticias de su padre!

Winston y Winifred, convocados desde el cuarto de juegos, se acercaron a su madre y leyeron la postal que tenía en la mano.

> *Querida familia:*
>
> *Llevo varios meses sin estar ebrio. Aunque aún estoy deprimido, por la falta de $$$. No he vendido una sola enciclopedia. Estoy volviendo a casa para desarrollar una nueva técnica de ventas. Traigo regalos para todos: rocas para Win y Win, y una flor para mi queridísima esposa. Si todo va bien, llegaré allí el sábado.*
>
> *Besos,*
>
> *Ben Póbrez*

—¿Cuándo es sábado? —preguntó Winifred.

—Pasado mañana —dijo su hermano.

—¿Y qué significa «ebrio»?

—Significa pasarse con el alcohol, cielo —le explicó la señora Póbrez—. Recuerda que de vez en cuando tu padre tenía tendencia a acabar así.

—¿Y ya no?

—No, por lo visto ya no.

—¡Y nos trae regalos! —exclamó Winifred.

—¿Rocas? —Winston frunció el ceño.

—A mí me encantan —le recordó su hermana—. ¿Sabías que una sola roca puede contener un montón de minerales distintos?

—¡Y para mí una flor! —exclamó su madre—. ¡Qué romántico! Aunque, si trae hojas, debo acordarme de no preparar una ensalada con ellas. Al parecer, fue la ensalada lo que causó la indigestión de

mis huéspedes.

—¡Esos huéspedes tan raros! ¿Alguien sabe qué ha sido de ellos? ¿Lograron sobrevivir? —preguntó Winston.

El padre de Richie había estado escuchando desde el pie de las escaleras, donde estaba con su hijo, cogiéndolo de la mano.

—Se están recuperando —les contó a los Póbrez—. Supongo que debería decirle a mi esposa que van a venir aquí. No le hará mucha gracia, porque hemos tenido que despedir a las criadas. Seguramente llegarán el sábado.

—¡Vaya! —exclamó la señora Póbrez—. ¡El mismo día que vuelve mi marido! ¿No sería una gran idea celebrar una fiesta de bienvenida para todos? Claro está, mi casita se quedaría un poco pequeña para tal acontecimiento, pero...

Esperó.

—Seríamos..., a ver que piense..., los cuatro Póbrez, Richie y sus padres... Ya van siete. Y los huéspedes, que no sé ni cómo se llaman...

—Willoughby, al parecer —dijo el padre de Richie.

—¡Se apellidan igual que mi padre! ¡Y que yo! —exclamó Richie.

—Solo es una coincidencia —repuso su padre.

—Sí, esos dos. Ya van nueve —prosiguió la señora Póbrez.

—Y el abuelo —añadió Richie—. Pero él no es un Willoughby.

—¡Eso suman diez! Demasiados para mi diminuta mesa de la cocina...

Esperó.

Finalmente, dijo:

—En fin, supongo que podríamos cenar en plan bufé. ¿No sería encantador? No tengo diez tenedores, pero siempre podríamos comer con las manos. ¡Yo podría preparar una ensalada enorme! Ya sé que mi ensalada anterior causó ciertos problemas, pero...

El padre de Richie suspiró y la interrumpió:

—Creo que sería más sensato celebrarlo aquí —dijo, resignado.

—¡Estupendo! —exclamó la señora Póbrez—. Y, después de cenar, mi marido tal vez podría hacerles una presentación de su enciclopedia.

36

Cuando los Willoughby fueron trasladados de la unidad de cuidados intensivos, pues su vida ya no corría peligro, les asignaron una habitación doble en el hospital. Aunque la administración aún no había podido determinar cómo iban a cobrar por sus servicios —puesto que la misteriosa pareja no parecía tener seguro médico, ni ahorros, ni ingresos—, comprendieron que esos inusuales pacientes podían resultar valiosos.

Alguien se había ido de la lengua. Estaban recibiendo llamadas de los medios de comunicación. Un ayudante de laboratorio, que oyó de refilón la charla sobre lo que había revelado el informe patológico —que el matrimonio se había descongelado después de muchos años—, había avisado a los periódicos.

Ahora el hospital estaba recibiendo peticiones de entrevistas. Un editor les ofreció un contrato para escribir un libro. Todas las televisiones estaban deseando hacer un especial, y los cómicos de la tele habían empezado a hacer monólogos sobre criogenia. («¿Cuál es el colmo de un descongelado? Que le congelen la cuenta bancaria»). Un reportero, con una cámara y una grabadora digital en los bolsillos, se disfrazó de conserje e intentó colarse en la habitación de los Willoughby con una escoba y un recogedor. Pero lo interceptaron. Todas las propuestas hasta la fecha habían sido rechazadas. De momento, la noticia no se había hecho pública.

Los señores Willoughby, aunque se encontraban mejor después de la desafortunada ensalada[33], estaban empezando a tener un montón de dificultades para adaptarse a ese lapso de treinta años en su cronología personal.

—¿Qué significa: «Este hospital es un espacio libre de humos»? —le preguntó la señora Willoughby a una celadora que la estaba llevando en silla de ruedas a la sala de radiología, para que le hicieran unos rayos X del pie dolorido. Lo había leído en un letrero en la pared del pasillo.

—Justo lo que dice —respondió la celadora—. Que no se permite fumar aquí dentro.

—¡Menudo disparate! ¿Qué pasaría si me apeteciera sentarme a echar un cigarro? ¿Tendría que salir del hospital y buscar un

restaurante o algo así?

La celadora la miró asombrada.

—En los restaurantes no se permite fumar.

—¿Tampoco? ¿Desde cuándo?

La celadora se encogió de hombros.

—No lo sé. Desde antes de que yo naciera.

Más tarde, de vuelta en la habitación que compartían, el señor Willoughby estaba viendo la televisión que colgaba de la pared situada frente a las camas. Miró de reojo cuando trajeron a su mujer en la silla.

—¿Sabes qué? —le dijo la señora Willoughby—. La gente ya no puede fumar en ninguna parte.

—Ya me extrañaba que no saliera ningún anuncio de tabaco —repuso él.

—Esto de la televisión es muy extraño. ¿Qué son los canales *premium*? —preguntó su mujer—. ¿Y qué es HBO?

—Ni idea.

La mujer se levantó de la silla de ruedas y se sentó en la cama, al lado de la de su marido.

—Mi pie está bien —dijo—. Solo es una ampolla.

—Ya te dije que el problema eran esos zapatos.

La señora Willoughby suspiró.

—Lo sé. Tenías razón. Tendré que buscar el modo de conseguir unos nuevos.

La celadora, que había doblado la manta que la señora Willoughby llevaba sobre el regazo y estaba a punto de salir al pasillo con la silla, alzó la mirada.

—Si sabe su talla, puede conseguir unos zapatos geniales en Zappos. Solo tiene que escribir Zappos en Google para entrar en su web —le explicó amablemente—. Hasta luego. Les traeré la cena dentro de un rato.

Entonces salió de la habitación.

—¿Qué ha dicho esa chica?

El señor Willoughby apagó la tele con el mando a distancia y se dio la vuelta hacia su esposa. Ella parecía desconcertada.

—Creo que ha dicho que hay que buscar Zappos en Google. ¿O era Google en Zappos?

—¿Qué rayos significa eso?

La señora Willoughby se apoyó la cabeza en las manos y rompió a llorar.

—No tengo ni idea —respondió.

Su marido se la quedó mirando un instante. Al rato, él también se

puso a llorar.

—He visto las noticias en la tele mientras estabas fuera, Frances, y no he entendido ni jota —sollozó—. ¿Qué es el Brexit? ¿Quién es Tom Brady? ¿Y qué es Facebook?

---

[33] ¿No te parece un título genial para un libro? *La desafortunada ensalada*. Yo lo compraría si lo viera en una librería.

37

Ben Póbrez —barbudo, despeinado, con lumbago, las uñas mugrientas, agujeros en los zapatos y una sonrisa radiante— llamó a la puerta de la casita el sábado por la tarde y fue recibido con una oleada de chillidos alegres y abrazos entusiastas. Se alegró muchísimo de estar en casa y de volver a ver a su mujer y a sus hijos. Vació la mochila sobre la mesa de la cocina. Cayeron los tomos de muestra de la enciclopedia. Ben abrió uno de ellos y extrajo de entre dos de sus páginas una flor seca y aplastada, que le entregó a su mujer con galantería.

—Es una adelfa de río —explicó—. Su nombre latino es *Chamerion latifolium*. La recogí en Mineral Creek.

A la señora Póbrez se le saltaron las lágrimas.

—Creo que estoy llorando de alegría —dijo—. O puede que sea alérgica a las adelfas.

Ben dejó los machacados volúmenes a un lado.

—Están hechos polvo después de tanto viaje —dijo—. No me han reportado ninguna venta. Siento haber vuelto con los bolsillos vacíos. Os merecéis una fortuna, mi querida familia.

—No pasa nada, padre —dijo Winston—. ¡Aún tengo el coche de juguete que me tallaste!

—¡Y dijiste que ibas a traernos unas rocas! —añadió Winifred—. ¡Ya sabes que me encantan!

Su padre metió la mano en el arenoso fondo de la mochila, sacó las dos rocas con las que había cargado tanto tiempo y dio una a cada uno de sus hijos.

—¡Mirad estas franjas brillantes! Ay, ojalá tuviera bolsillos —dijo Winifred, estrujando la tela de su vestido.

—No podemos permitirnos tener bolsillos —le recordó su madre—, pero deberíamos dar gracias de que tengas un vestido. Hay niñas que ni siquiera tienen uno.

Winifred suspiró y le susurró a su madre:

—Ya estás otra vez en plan Marmee.

—Lo siento.

—No importa —dijo Winifred, que colocó su roca en el alféizar de la ventana.

—Yo sí tengo —se jactó Winston—. ¡Los pantalones de chico siempre traen bolsillos! Pero voy a dejar mi roca en el alféizar, al lado de la tuya. Necesito los bolsillos para el coche de juguete.

—No quiero estropear el momento —dijo el señor Póbrez, paseando la mirada por la cocina—, pero estoy hambriento. No he probado bocado desde Dakota del Sur. Un amable camionero me invitó a pollo frito en Pierre. ¿Sabíais que se pronuncia «Peer»? Hay gente que intenta pronunciarlo a la francesa. Pero, si tenéis una enciclopedia, podréis aprender a pronunciar todas las capitales de EE.UU.

La señora Póbrez había abierto el frigorífico y estaba trasteando con unos recipientes.

—No pruebes la ensalada —le susurró Winston.

—Quedan sobras de papilla —dijo la señora Póbrez—. Pero ¿qué hora es? ¿Alguien lo sabe?

Ninguno tenía reloj. El reloj de la cocina llevaba meses parado, estaba sin pilas.

El señor Póbrez abrió la puerta trasera, salió al jardín y alzó la mirada al cielo.

—Aprendí a leer la hora en el firmamento cuando estuve en Alaska —explicó—. Hay que tener en cuenta la diferencia horaria, claro, pero yo diría que son las cinco[34].

—En ese caso —anunció su esposa—, guardaré la papilla para desayunar. Es hora de ir a casa de los vecinos. Nos han invitado a cenar.

---

[34] No sabemos exactamente dónde viven los Póbrez. Seguramente en algún lugar situado al noreste de EE.UU. ¿Tal vez en Hartford, Connecticut?

38

Estaba cayendo la tarde cuando los señores Willoughby recibieron por fin el alta del hospital. Hacía horas que estaban preparados: ataviados con una batas de hospital arrugadas y pantuflas de papel en los pies, porque, después del viaje y la indigestión, fue imposible salvar su ropa. Sin embargo, les tocó esperar a que terminaran el papeleo, y después varias horas más mientras los administradores del hospital pensaban una manera de dar esquinazo a los reporteros que llevaban días apostados ante la entrada principal.

Finalmente, un coche fúnebre, negro y alargado, aparcó ante una discreta puerta trasera. La idea, muy inteligente, la había tenido Tim Willoughby. Incluso sugirió meter a la pareja en unos ataúdes a juego para sacarlos de allí, pero ellos se negaron en rotundo. En vez de eso, dos empleados de la funeraria —unos tipos de mediana edad ataviados con trajes oscuros— salieron del vehículo y ayudaron a los señores Willoughby, que aún seguían un poco indispuestos, a montarse en la parte de atrás, donde se acomodaron encima de unos cojines. Después los sacaron de allí sin ser vistos.

En la oscuridad del vehículo, el señor Willoughby rodeó a su esposa con un brazo.

—¿Recuerdas aquella vez que te dije que parecías un hipopótamo? —susurró.

La señora Willoughby se sorbió la nariz.

—No tendría que haberme ofendido —respondió—. Necesitaba perder unos kilitos.

—No, no, ¡no me refería a eso! Lo que quería decir, y lamento haberme expresado tan mal, es que me pareciste muy decidida. Resolutiva. Como alguien que se marca una meta y emprende el camino hacia ella, sorteando obstáculos a cada momento, y...

—Como un...

—Sí, querida: como un hipopótamo. Un animal majestuoso.

—Gracias —murmuró la señora Willoughby, que le agarró la mano —. Creo que conseguiremos superar esta difícil situación. La familia del comandante Melanoff ha sido muy amable al ofrecerse a alojarnos en su majestuosa mansión mientras arreglamos este embrollo.

—Me gustaría... —comenzó a decir su marido.

—Lo sé. A mí también me gustaría tener otra ropa. Estas batas de hospital son ridículas y dejan el trasero al aire.

—En realidad, querida —prosiguió el señor Willoughby—, iba a decir que me gustaría que nuestros hijos pudieran estar con nosotros cuando se arregle todo.

—Sí, nuestros hijos —dijo la señora Willoughby, apenada—. Supongo que no deberíamos habernos portado tan mal con ellos. —Se sorbió la nariz—. Tú siempre decías que el mayor (he vuelto a olvidar cómo se llama) era un lelo, ¿recuerdas?

—Tim. Bueno, a veces estaba un poco alelado. Aun así, era nuestro primogénito —añadió el señor Willoughby con un tono nostálgico.

—Pero tendremos que quitárnoslos de la cabeza. Hay que centrarse en el futuro.

Desde el asiento delantero, uno de los dos enterradores miró hacia la oscura parte trasera del vehículo y dijo:

—¿Están bien ahí atrás? ¿Quieren que encienda la radio por satélite?

Los pasajeros se quedaron callados.

—¿Qué es una radio por satélite? —le susurró la señora Willoughby a su marido.

—Ni idea —respondió él—. ¡No, gracias! —le dijo al conductor.

—Llegaremos en unos diez minutos. ¿Están cómodos?

Los señores Willoughby, que estaban cogidos de la mano, manteniendo el equilibrio mientras el coche tomaba una curva, respondieron que sí, que se apañaban.

39

No lejos de allí, en la mansión, la señora Póbrez acababa de presentar a su marido a la familia de Richie.

—Me disculpo por mi atuendo informal —le dijo Ben Póbrez al comandante Melanoff, que iba vestido de esmoquin—. He pasado mucho tiempo en la carretera.

—Lo entiendo perfectamente —respondió el comandante Melanoff —. Yo mismo realicé muchos y deprimentes viajes a Suiza y, cuando volvía a casa, siempre me sentía hecho una piltrafa. Por cierto, me gusta su camisa de cuadros. Le da un aspecto muy... rústico.

—Y cuando regresaba de esos viajes tan deprimentes, ¿le entraba hambre? Yo no he vuelto a probar bocado desde Dakota del Sur.

Estaban en el pasillo, pero Ben Póbrez miró de reojo hacia el comedor. Los miembros del personal de cocina —pese a que los habían despedido y no tenían perspectivas de cobrar— decidieron, movidos por la lealtad, regresar a la mansión para preparar una última y suntuosa comida. El señor Póbrez pudo ver que la mesa alargada estaba generosamente servida con un jamón enorme, decorado con rodajas de piña. Y al parecer también había una bandeja de pollo frito, así como varias cazuelas de macarrones con queso. ¿Y eso de ahí era un suflé de espinacas? Desde luego, lo parecía.

—Porque da la casualidad de que yo sí tengo un pelín de apetito —prosiguió Ben, tratando de disimular su avidez—. De hecho, estoy muerto de hambre —añadió en voz baja.

—Pues sí, en aquella época me dio por comer porque me sentía muy solo... Es decir, hasta que conocí a la niñera, que era una cocinera maravillosa. ¿La ve allí, en la pared? Era una mujer muy hermosa. Ay, aún me acuerdo de su caldereta de marisco...

A Ben Póbrez se le hizo la boca agua.

—¿Su caldereta de marisco? —exclamó.

Miró de reojo hacia el comedor.

—Se avecina un poema —anunció el comandante Melanoff.

—¡El picantón no, abuelo! —exclamó Richie. Pero no le hizo caso.

Había una vez una mujer llamada niñera,
que tenía muy buena mano como cocinera...

Ben Póbrez lanzó un sonoro gemido.

—¿Qué ocurre, señor Póbrez? —preguntó la madre de Richie—. ¿Le duele algo?

Ben inspiró hondo.

—No. No me duele nada. Yo diría que ha sido un acto reflejo. Una reacción inconsciente a la palabra «cocinera» incluida en ese encantador poema. Sumado al maravilloso aroma que llega desde... Supongo que ese será el comedor, ¿verdad?

—Sí, es el comedor. Pero primero iremos al salón, que está al fondo del pasillo, para escuchar una breve charla sobre la historia de Confiterías Confederadas. Por desgracia, la fábrica ha cerrado sus puertas para siempre, pero la recordamos con cariño y queremos aprovechar esta reunión como una oportunidad para homenajearla. Vosotros primero, niños. Espero que los demás invitados no tarden mucho en llegar.

Richie, Winifred y Winston corrieron por el largo pasillo, haciendo una breve parada para rendir homenaje al retrato de la niñera. Después abrieron las puertas que conducían al salón. Los adultos los siguieron. Uno de ellos, Ben Póbrez, iba salivando.

40

—Comandante —dijo Tim Willoughby—, ya te he preparado la pantalla y el proyector. —Se dio la vuelta hacia los invitados y se explicó—. El comandante va a usar un PowerPoint. Debo añadir que lo hemos consultado con las autoridades y no es ilegal mostrar fotografías de dulces, ni tampoco hablar de ellos.

Todos (excepto Ben Póbrez, que había descubierto un platillo de chocolatinas con menta ilegales en un mueble antiguo y se había metido disimuladamente catorce de ellas en la boca) sonrieron educadamente.

—Yo pasaré las diapositivas, abuelo —dijo Richie.

La primera foto del pase mostraba una simple chocolatina desenvuelta.

—Esta fue mi primera creación —explicó el comandante Melanoff —. Era muy sencilla. Chocolate, sin más; semidulce, si no recuerdo mal. Sin pasas ni frutos secos. La diseñé después de unas vacaciones en México, donde aprendí el noble arte de la elaboración del chocolate. Las tumbas mayas contenían vasijas con restos de una bebida chocolateada que nos remiten al año 400 e. c.

Pasó a la siguiente fotografía, que mostraba una tumba maya.

—Llevamos a Richie de vacaciones a México cuando era un bebé —murmuró la madre de Richie—, pero me temo que no mostró demasiado interés en los museos. Prefería la piscina infantil del hotel.

—Sí, recuerdo cuando nuestra querida Winifred era un bebé —añadió la señora Póbrez—. Nunca pudimos permitirnos salir de vacaciones, claro está. Pero teníamos una piscina hinchable en el jardín, hasta que el gato la dejó inutilizable con sus zarpas. Con los restos fabriqué unos salvamanteles de plástico.

—A mi padre le gustaría irse con nosotros de vacaciones, si nos lo pudiéramos permitir —dijo Winston—. ¿No es así, padre?

Miró a Ben, que acababa de detectar un cuenco de uvas en una mesa cercana y estaba intentando deslizarse furtivamente por el sofá para alcanzarlo. Su padre murmuró que sí, que le encantaría irse de vacaciones con su familia.

—Pero hay un yacimiento arqueológico en la costa pacífica mexicana que sugiere que las bebidas chocolateadas pueden

remontarse hasta el año 1900 a. e. c. —prosiguió el comandante Melanoff, que le hizo un gesto a Richie para que pasara a la siguiente imagen, que consistía en un gráfico y una cronología.

Ben Póbrez gimió por lo bajini, sacó las uvas del cuenco y se las metió en la boca.

—Los aztecas adoptaron el cacao en su cultura, pero no fueron capaces de cultivarlo por sí mismos. Lo apreciaban tanto que había incluso quienes pagaban sus impuestos en granos de cacao. Esta encantadora estatua representa a un hombre sujetando una vaina de cacao. Está en el Museo de Brooklyn.

Richie pasó a la siguiente imagen, que mostraba una primitiva estatua de piedra.

—Qué interesante —dijo Winifred—. ¿No te parece interesante, padre?

Miró a Ben Póbrez, que tenía la boca tan llena de uvas que apenas podía hablar.

—Umm —murmuró.

La siguiente foto mostraba a un conejito de malvavisco metido en una cesta de Pascua.

—Como ya sabréis, pasé de esas primeras chocolatinas sin adornos a otros dulces mucho más sofisticados. Richie, ¿podrías pasar las fotos de nuestros productos más famosos? Por favor, si alguien tiene alguna pregunta sobre un dulce en concreto, que me avise.

Ben Póbrez se inclinó para susurrarle una pregunta a la madre de Richie:

—Las manzanas que hay en el cuenco de esa mesa, bajo la ventana, ¿son de verdad? —preguntó—. ¿O son de cera?

—Son de verdad —respondió ella.

—Disculpen —dijo Ben a las personas que estaban sentadas a su alrededor. Se levantó y se acercó a una mesa antigua próxima a la ventana—. Continúe, por favor. Le escucho —le aseguró al comandante Melanoff.

Aparecieron más y más fotos. Chocolatinas. Huevos de chocolate, decorados con hilo de azúcar. Bastones de caramelo. Dulce de leche. Las famosas barritas de regaliz conocidas como Lametín. (Todos soltaron un «Oooooh» cuando apareció su foto).

Desde la silla situada junto a la ventana, se oyó un crujido que reveló que Ben Póbrez había mordido una manzana.

El comandante Melanoff se enderezó la pajarita y se ajustó el fajín[35].

—Para ser sincero —añadió—, mi esposa y yo no éramos especialmente compatibles. Ya he explicado que ella era una mujer

muy ordenada. ¡Eso no tiene nada de malo! Pero cada noche subía a mi laboratorio del tercer piso, el mismo donde elaboraba mis increíbles mezclas a medida e inventaba nuevos y deliciosos dulces, y lo tiraba todo, fregaba todos los recipientes y hacía jirones mis fórmulas y las arrojaba a la basura. Así que cada mañana tenía que empezar de cero otra vez. Me sentí aliviado cuando se fue de vacaciones sin mí. Tuve la oportunidad de trabajar sin interrupciones.

—¿Adónde se fue de vacaciones, abuelo? —preguntó Richie.

—Se fue a Europa. ¿Puedes ir corriendo a tu cuarto de lectura y traer el libro sobre los Alpes?

Richie miró a su madre con nerviosismo.

—Es un PHS —dijo.

—Adelante, cielo —concedió su madre—. Siempre que tu abuelo esté seguro de que es buena idea.

El comandante Melanoff asintió y Richie salió de la habitación. Lo oyeron correr escaleras arriba. Regresó al momento, le entregó el volumen a su abuelo y regresó a su asiento.

El comandante Melanoff abrió el libro por la mitad y localizó un mapa bellamente ilustrado. Sostuvo el libro abierto con un dedo apoyado sobre un punto del mapa y se desplazó de un lado a otro delante de su público, para que todos pudieran echar un vistazo.

—Zermatt —dijo—. Aquí es adonde se fue.

Desde el asiento de la ventana donde estaba mordisqueando una manzana, Ben Póbrez anunció:

—Si alguien quiere saber más sobre Zermatt, tengo el tomo «Z» de una maravillosa enciclopedia en casa.

—Sin embargo, nunca llegó allí —dijo el comandante—. Emprendió el trayecto en un vagón de tren privado, muy lujoso, por cierto. Pero por el camino... Oye, Richie, ¿puedes ir corriendo al cuarto de lectura y traer el libro sobre avalanchas?

—Ay, cielos —murmuró la madre de Richie—. ¿Estás seguro? Eso sí que es un PHS como la copa de un pino.

El comandante Melanoff la ignoró, le hizo un gesto a Richie y, una vez más, lo oyeron subir a toda velocidad por la larga escalinata. Regresó enseguida con el libro de las avalanchas.

—No estará diciendo que... —dijo Winifred, horrorizada.

—Sí, querida. La sepultó una avalancha.

—¡Ostras! ¿Y consiguió salvarse?

—Pasado un tiempo. Pero tanto ella como nuestro hijo...

—El Otro Barnaby —explicó Richie—. ¿Hacemos un minuto de silencio? —sugirió, mirando a su alrededor.

Todos se quedaron callados un ratito. Después, el comandante

Melanoff continuó:

—Los dos se quedaron en el pueblecito donde fueron rescatados. Allí mi mujer conoció al jefe de correos, que era tan ordenado como ella. Por supuesto, todo tenía que estar distribuido por orden alfabético en la oficina de correos. Pasado un tiempo, me enteré de que nuestro matrimonio había terminado y que ella iba a convertirse en la señora Hans. O la señora Fritz, o yo qué sé.

El padre de Richie se levantó.

—Pero entonces conociste a la niñera...

—«Había una vez una mujer llamada niñera» —recitó el comandante Melanoff con solemnidad—. «Que tenía un incomparable...».

Tim lo interrumpió:

—¡Un incomparable don para la cocina! ¡Recuerdo el flan que preparaba de postre!

Ben Póbrez se levantó de su asiento como un rayo.

—¿Qué acabo de oír? —preguntó—. ¿Alguien ha dicho «flan»?

—Vayamos al comedor —dijo la madre de Richie, levantándose del sofá—. No podemos esperar más a los otros invitados. Parece que se retrasan.

Mientras emprendían la marcha hacia el comedor, Winifred se acercó al comandante Melanoff y lo cogió de la mano. Su historia la había conmovido muchísimo.

—Siento mucho que a su esposa le cayera encima una avalancha —dijo—. Por eso el libro tenía la etiqueta PHS: puede herir sensibilidades.

El comandante la miró, sorprendido.

—¡Caray, no! —exclamó—. Es cierto que las avalanchas pueden resultar hirientes. Pero mi esposa sobrevivió, y yo me alegré de que decidiera no volver. No obstante, ojalá no se hubiera empeñado en reorganizar el servicio postal suizo. Hizo que fuera casi imposible enviar mis regalices a Suiza. Me vi con un cargamento entero de Lametín retenido en Rotterdam durante meses.

—¡Ostras! —exclamó Winifred—. Eso sí que es...

El comandante Melanoff concluyó su frase mientras entraban al comedor:

—Sí, tienes razón —dijo—. Eso sí que es un PHS como un piano.

—Sea como sea, ahora son ilegales —dijo Winifred, apenada.

—¡Un momento! —exclamó Winston—. He estado pensando mucho en ello mientras mi hermana pensaba en minerales, que a mí no me interesan lo más mínimo. A mí lo que me gusta es la maquinaria. Y mientras estábamos viendo la presentación sobre Confiterías

Confederadas, me he puesto a pensar en cubas, compresores, etiquetadoras y robots, así como en la máquina dispensadora de saborizantes. ¿Sigue teniendo esa máquina, señor Willoughby?

—Por supuesto —respondió Tim—. Pero ahora que la fábrica ha cerrado, lo vamos a subastar todo.

—No tan deprisa —replicó Winston—. ¡Puede darle un nuevo uso a todo eso! ¡Piénselo! Cada noche, cada mañana, ¿qué hacemos todos? Nos metemos en el cuarto de baño y... ¿qué?

Richie soltó una risita.

—Eso es un poco inapropiado —dijo.

Winston hizo una mueca.

—No, hombre, no —repuso—, me refiero a que nos lavamos los dientes.

Todos asintieron.

—¿Y qué les parecería —prosiguió Winston— si nuestra pasta de dientes tuviera ese maravilloso sabor que todos recordamos?

—Sabor a Lametín —murmuró el comandante Melanoff.

—¡Exacto! Sería muy fácil transformar la maquinaria para que utilice el mismo saborizante, lo ponga en una pasta, la apretuje en unos tubos, ¡y ya está! Y lo llamaremos...

Winston esperó. No respondió nadie.

—¡El Dentilametín!

Los presentes prorrumpieron en una ronda espontánea de aplausos.

La madre de Richie oyó un ruido en el exterior y se dirigió a la puerta principal. Cuando regresó, se la veía muy inquieta.

—Tim, hay un vehículo aparcado en la entrada —le dijo a su marido—. ¡Parece un coche fúnebre!

---

[35] No sabéis lo que es un fajín, ¿verdad? Será mejor averiguarlo antes de que os salga en un examen.

41

Dos horas después —tras mucho caos, confusión, consternación y una tarta de nueces con helado de vainilla para compartir (¡por fin)—, todos estaban de vuelta en el salón. Pero ahora había dos personas más, ataviadas con sendas batas de hospital que les llegaban hasta las rodillas y que iban atadas a la espalda, dejando muy poquito a la imaginación. Estaban sentados en un sofá copetudo de terciopelo, a ambos lados de Tim Willoughby, que estaba patidifuso. El padre de Richie estaba abrazado a los dos.

—¡Padre! —repetía sin cesar—. ¡Madre!

Henry Willoughby le entregó un sobre a su hijo Tim.

—Está hecho un gurruño —se disculpó—. Lo llevaba en el bolsillo de los pantalones cuando fuimos al hospital. Unos pantalones que han quedado hechos un asco, por cierto. Me temo que vomité encima. Lo único que tengo es esta ridícula bata de hospital sin bolsillos, pero...

—Te conseguiré algo de ropa —dijo Tim—. Tenemos casi la misma talla. Y para ti también, madre. Tenemos guardada la ropa de la niñera.

—Me vale cualquier cosa, siempre que no sea marrón —dijo la señora Willoughby.

Henry Willoughby interrumpió a su esposa y señaló el sobre.

—Lo conservé durante toda la hospitalización —le dijo a Tim—. Es un documento especial.

—No hablemos de eso, por favor —dijo Tim—. Ya he leído bastantes documentos bancarios deprimentes estos días.

—Eso va a cambiar —aseguró su padre—. Y este documento es de otro tipo.

—¿Qué es, papá? —preguntó Richie, mirando el sobre sellado que tenía Tim en las manos.

—No lo sé. Vamos a abrirlo.

Tim abrió el sobre y sacó una colorida tarjeta con un bonito dibujo de un caballo con la crin al viento.

—«Siento no haber sido...» —leyó en voz alta.

—Busqué uno que no tuviera ni conejitos, ni flores —explicó Henry Willoughby.

Tim abrió la tarjeta y apareció el otro extremo del caballo, con la

cola ondeando a su paso.

—«... tu caballito ganador» —concluyó.

Richie se inclinó para ver mejor la tarjeta.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó a Henry Willoughby.

—Significa que he sido un mal padre. No presté suficiente atención a mis hijos.

—Yo tengo un padre genial —dijo Richie, muy contento, y le acarició el brazo a Tim.

Tim Willoughby rodeó al muchacho con el brazo.

—¿Os dais cuenta de que este es vuestro nieto? —le dijo a la pareja vestida con bata de hospital.

Los señores Willoughby pegaron un respingo.

—Pero si no somos tan viejos como para tener... —comenzó a decir Frances Willoughby—. ¿O quizá sí? ¡Ya no sé qué pensar!

—Eso me recuerda una cosa —añadió su marido—. ¡Teníamos más hijos! ¿Qué ha sido de los gemelos? Y..., ay, cielos... ¿Qué ha sido de la pequeña Jane?

—Se han hecho mayores —explicó Tim—. Han salido adelante. Son felices. ¿Sabéis qué? Cuando nos terminemos el café, iremos arriba con el ordenador y haremos un FaceTime con ellos. Vais a alucinar cuando veáis a Jane. Lleva tatuajes.

—¡Mejor por Skype, papá! —propuso Richie.

—¿Qué es FaceTime? —preguntó Henry Willoughby—. ¿Y Skype?

El comandante Melanoff estaba guardando el proyector que había utilizado para su presentación de PowerPoint. De repente, alzó la cabeza.

—Recuerdo cuando se produjo su accidente —dijo—. Estaba suscrito a varios periódicos suizos, ya que poco antes mi mujer decidió largarse con un jefe de correos suizo. ¡Eso no salió en las noticias, claro está! Pero me llamó la atención un artículo acerca de dos estadounidenses que decidieron subir al pico de una montaña suiza...

—En los Alpes —aclaró el señor Willoughby—. Fue en los Alpes.

—Sí, sí, por supuesto —prosiguió el anciano—. El caso es que esos estadounidenses no tenían ni la ropa ni el equipamiento adecuados. Lo siento, eso fue lo que dijeron los reporteros...

—Teníamos crampones —dijo la señora Willoughby—. Lo que pasa es que no sabíamos cómo ponérnoslos. La culpa es de El Rincón del Montañero. ¿No fue allí donde compramos los crampones, querido? ¿En El Rincón del Montañero?

—No, creo que fue en otra tienda. Pero desde luego que fue culpa suya. No nos explicaron cómo había que ponérselos.

—Aunque yo creo que nos quedaban muy estilosos en la cabeza,

¿tú no, querido? —Alargó el brazo y lo cogió de la mano.

—¿Sabéis qué? —dijo Tim Willoughby—. Creo que vosotros dos, al menos en lo que a montañismo se refiere, fuisteis un par de lelos.

Henry Willoughby se quedó patidifuso.

—¡Es muy feo decir eso de un padre! —Después hizo una pausa—. Pero eso es lo que solía decirte yo a ti, ¿verdad, Tim?

—Sí. A todas horas.

—¿Podrás perdonarme?

—Por supuesto —dijo el padre de Richie.

—¿Saben qué? —añadió Winston—. Tendrían que haber buscado crampones en Google. O en YouTube. Seguro que hay algún tutorial que enseñe a ponérselos.

La señora Willoughby se levantó de repente. Entonces, cuando se dio cuenta de que su trasero había quedado expuesto, volvió a sentarse. Aun así, exclamó a pleno pulmón:

—¡Se acabó! —dijo—. Estoy harta de tanto Google y tanto YouTube, de FaceTime por aquí y Zappos por allá, sea lo que sea eso. Y también estoy harta de Instagram y de… ¿Skype? ¿Qué narices es eso? Henry, ¡nos hemos perdido mil cosas mientras estábamos congelados! ¡No es justo! ¿Qué diantres es Twitter? ¡Y encima no tengo zapatos!

La señora Willoughby se echó a llorar. Su marido le dio unas palmaditas en la mano. Pero él también parecía un poco frustrado y afligido. Su hijo, Tim, trató de animarlos:

— No te preocupes por eso, madre —dijo, aunque se le hizo un poco raro llamarla así—. Todo se arreglará.

—Sacaremos el máximo partido posible de la situación —murmuró la señora Póbrez.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Winifred, pero nadie respondió.

—¡Mírenme! —se lamentó la señora Willoughby—. ¡Soy más joven que mi hijo!

De pronto, su marido se inclinó hacia delante, para acercarse a ella.

—Frances —dijo—, incluso sin gafas, ¡me parece verte unas arruguitas en el cuello! Como las de… ¿Cómo se llama ese perro arrugado? ¿Un *shar-pei*? ¡Te pareces un poco a ese perro! ¡Es posible que estés empezando a envejecer!

—¿Tú crees? —Su esposa se serenó un poco—. En fin, espero que el proceso no sea demasiado acelerado.

Winifred, que había estado escuchando, le dijo a Tim:

—Señor Willoughby, hay un libro sobre huérfanos en la pila de los PHS. ¡Pero usted ya no es huérfano! ¡Sus padres están vivos!

—Y también mi exmujer —recalcó el comandante Melanoff—. Su marido y ella se han jubilado de la oficina de correos. Ya son muy viejos. Pero, cuando éramos más jóvenes, la niñera y yo... —Hizo una pausa—. «Había una vez una mujer llamada niñera...» —recitó con añoranza.

—No, comandante —le dijo Tim con suavidad, dándole unas palmaditas en la mano—. Ahora no.

—«Incomparable». —El anciano se mordió el labio—. En fin. El caso es que la niñera y yo íbamos a visitarlos de vez en cuando a ese pueblecito suizo. Era un lugar aburridísimo, por cierto.

—¡Hay un libro PHS sobre el servicio postal suizo! Voy a ir a buscar esa pila de libros y vamos a... No sé, ¡a arrojarlos a la chimenea, por ejemplo! —Winifred salió del salón y todos se rieron al escuchar de nuevo unos apresurados pasos infantiles escaleras arriba.

Winifred regresó enseguida, jadeando. Llevaba en la mano un único libro y una lupa.

—Eso no es un PHS —señaló Winston—. Es un libro sobre...

—¡Exacto! ¡Geología! Lo dejé en la silla donde estuve leyendo. Al verlo, me acordé de repente de una cosa. —Comenzó a pasar las páginas del grueso volumen—. Veamos: telurio, calaverita... ¿Winston?

—¿Qué? —respondió su hermano, que le estaba enseñando a su padre el coche de juguete con las ruedas nuevas.

—¿Podrías ir corriendo a casa y traer esas rocas que nos regaló nuestro padre? Están en el alféizar de la ventana de la cocina.

—Vale, voy. Pero me debes una. —Winston salió de la habitación.

—Iría yo —dijo su hermana—, pero es importante que encuentre la página que estoy buscando. ¿Krennerita? Me pregunto si esas franjas relucientes en las rocas serán... ¿Podrían ser...? Padre, cuando estuviste en Alaska, ¿pasaste por alguna zona donde hubiera minas de oro?

—Supongo. Pero nadie quiso comprar una enciclopedia desactualizada —dijo Ben Póbrez, apenado. Miró de reojo hacia el cuenco de la fruta. Aunque parezca increíble, seguía teniendo hambre.

—¿Qué quiere decir con que está desactualizada? —preguntó Henry Willoughby. Se inclinó hacia delante, ajustándose cuidadosamente la bata del hospital sobre las rodillas.

—Es de hace treinta años —explicó la señora Póbrez—. Así que no contiene nada sobre inteligencia artificial, ni sobre... Déjeme pensar... ¿Qué más falta, Winifred?

—Gluten y sus intolerancias. Genética. El tomo de la «G» es un desastre, está muy desfasado.

—Así que tampoco vendrá Google, ¿no? —preguntó la señora Willoughby.

—Huy, no, no creo —dijo la señora Póbrez.

—No, Google no viene —confirmó Winifred—. Y el tomo de la «V» es horrible. Habla de vampiros y de la reina Victoria. Pero no dice nada sobre vapear, ni sobre vídeos en alta definición, ni...

Winston volvió a entrar en la estancia, con dos rocas en la mano. Se las dio a su hermana.

—Toma. Y el cartero ha dejado un paquete grandote en el porche. Es tuyo, padre. Lo enviaste desde Alaska. Pesa un montón.

—Contiene más rocas —explicó Ben Póbrez—. Montones de ellas.

—Quiero una —anunció Henry Willoughby en voz alta.

—Me temo que no, señor Willoughby —dijo Winifred, educadamente—. Nuestro padre me las envió desde Alaska. Son mías —añadió, mientras echaba mano de su lupa.

—No me refería a las rocas. Me refería a las enciclopedias desactualizadas. Quiero una. O dos. ¡Más de dos! Quiero todas las que tenga. ¿Tim? ¿Hijo? No te habrás gastado todo mi dinero, ¿verdad? ¿Queda algo?

—Algo queda. Está en el banco. No he necesitado tocar ese dinero porque heredé Confiterías Confederadas. Pero, claro, ahora que...

—Extiéndele un cheque al señor... ¿Cómo decía que se llamaba? ¿Pordiosero? Extiéndele un cheque al señor Pordiosero.

—Es Póbrez, papá. Se apellida Póbrez.

—Quiero leer acerca de cómo era el mundo antes de que nos congeláramos. ¡Quiero repartir esas enciclopedias por las escuelas! ¡Todo el mundo debería saber cómo era! Extiéndele un cheque al señor Póbrez y compra todas las enciclopedias desactualizadas que tenga.

Ben Póbrez alzó la cabeza. Tenía la boca llena. Había encontrado un melocotón maduro y tentador en el cuenco de la fruta.

—¿Alguien quiere comprarme una...?

Winifred soltó la lupa. Después dijo con serenidad:

—Ya no necesitamos el dinero. Estas rocas son pepitas de oro. De oro auténtico. ¡Padre! ¿Sabes qué? ¡Has encontrado oro!

Su padre no estaba escuchando. Estaba mirando los restos de comida que quedaban en la mesa.

—¿Alguien quiere esas uvas? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza, así que Ben suspiró de alegría y alargó el brazo hacia ellas.

—Supongo que en el fondo es positivo que hayan prohibido los dulces —dijo—. La fruta es mucho mejor para la salud.

Y, dicho esto, se metió una uva en la boca.

Tim Willoughby alzó la cabeza. Se había sacado la pluma del bolsillo y estaba añadiendo cifras a un trozo de papel.

—En cualquier caso —dijo—, si deciden volver a legalizar los dulces algún día, para entonces tendremos en marcha la producción de pasta dentífrica. Según mis cálculos, podríamos producir Lametín y Dentilametín al mismo tiempo. Incluso podríamos venderlos en un mismo paquete. ¿Qué os parece? Ya me imagino un anuncio en el que un niño le pega un bocado a un regaliz y se le quedan los dientes negros, lo que le deja una sonrisa muy graciosa. Aquí podríamos meter unas risas enlatadas. Entonces se va al baño, coge el cepillo de dientes y... —Tim hizo una pausa, después volvió a coger la pluma. Con gesto satisfecho, anotó unas cuantas cifras más.

Winifred se levantó. Cogió el pequeño cuchillo que su padre había utilizado para pelar el melocotón y golpeó un vaso con él hasta que los demás dejaron de hablar y le prestaron atención.

—¡Acabo de comprender lo que significa «sacar el máximo partido de la situación»! —exclamó—. Este es el máximo partido. ¡Este! —Hizo un gesto que abarcó la habitación y a todas las personas allí reunidas, que hablaban y sonreían—. Mejor imposible.

Entonces, Winifred sonrió.

—Huy. Creo que acabo de ponerme en plan Marmee —añadió.

Desde el marco dorado de su retrato, desde donde contemplaba a su feliz y recién ampliada familia, dio la impresión de que la niñera estaba sonriendo.

Título original: *The Willoughbys Return*

Para Jay y Ashley

Edición en formato digital: 2021

© Del texto: Lois Lowry, 2020
Publicado por acuerdo con Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.
© De la ilustración de cubierta: Chloe Bristol, 2020
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2021
© Grupo Anaya, S. A., 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Natalie Fondriest

ISBN ebook: 978-84-698-8684-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.